

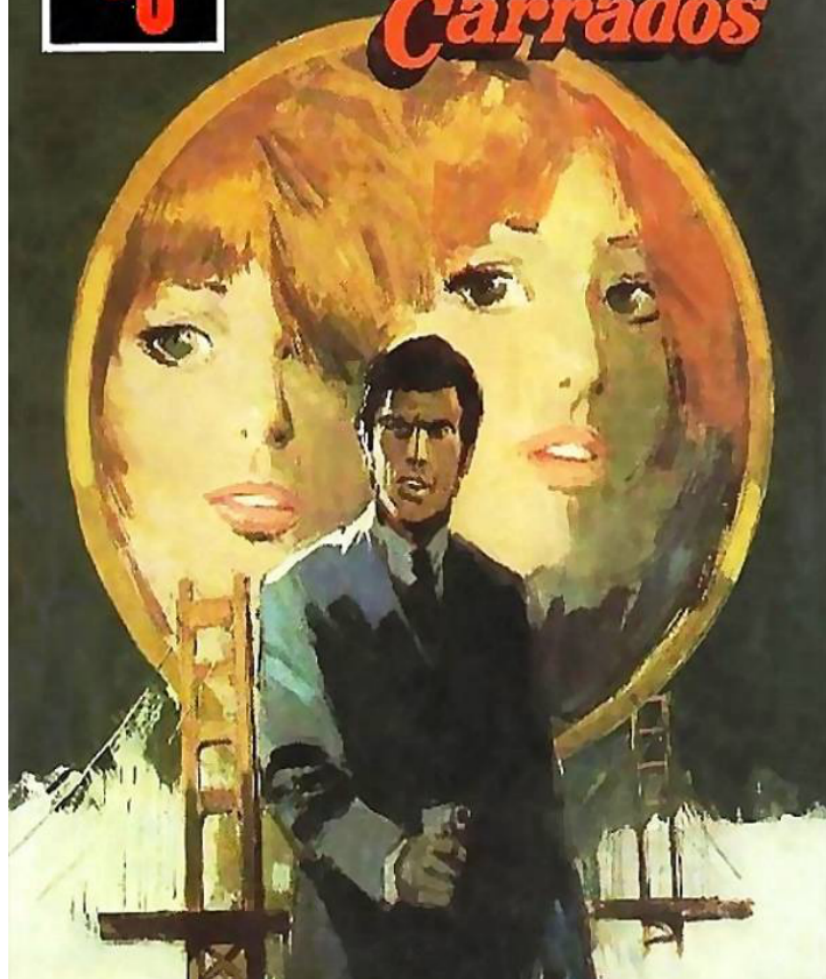
BOLSILIBROS
BRUGUERA

SERVICIO
SECRETO

SS

CON LA CABEZA
EN LAS MANOS

*Clark
Carrados*





SERVICIO SECRETO



CLARK CARRADOS

CON LA CABEZA EN LAS MANOS

Colección **SERVICIO SECRETO** n° 1.604
Publicación semanal
Aparece los **MIÉRCOLES**



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA - BOGOTÁ - BUENOS AIRES
CARACAS - MÉXICO

ISBN 84-02-02513-7
Depósito legal: B. 8.846 - 1981
Impreso en España - Printed in Spain

1a edición: mayo, 1981
© Clark Carrados - 1981

texto
© Desilo - 1981

Cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor de
EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
Camps y Fabrés, 5. Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen
en esta novela, así como las situaciones de la misma, son
fruto exclusivamente de la imaginación del autor; por
lo que cualquier semejanza con personajes, entidades
o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Parets del Vallès (N 152, Km 21.650) Barcelona - 1981

CAPÍTULO PRIMERO

Caminaba detrás del sujeto y por eso no se dio cuenta de la interrupción que representaba la mujer que le cerraba el paso, hasta que chocó con ella, con tanta fuerza que casi estuvo a punto de derribarla.

—Perdone —dijo, sin mirarla siquiera. Toda su atención estaba centrada en el hombre al que seguía, quien acababa de meterse en el portal de una casa no demasiado lejana.

—Una limosna, por el amor de Dios —solicitó la mujer.

Archie Long no reparó siquiera en la frase recién pronunciada. Tenía la vista fija en el edificio, una de cuyas ventanas, de la tercera planta, acababa de encenderse en aquel instante.

La silueta del hombre se recortó unos instantes en negro contra el cuadrado de luz de la ventana. Long le vio despojarse del impermeable y supuso que tendría que quedarse a esperar un rato a que el tipo volviera a salir.

La noche era lluviosa y destemplada. Las luces de los colches y de los anuncios luminosos se reflejaban contra el asfalto brillante que estaba mojado por la lluvia que caía con mansa insistencia. De pronto, Long reparó en que se hallaba muy cerca del local de un viejo conocido suyo.

Entonces, ella le tocó de nuevo en el brazo.

—Por favor, una limosna...

Long volvió la cabeza. La mujer parecía joven y vestía míseramente, con ropas que estaban parcialmente empapadas por el agua de lluvia. El pelo, húmedo, había perdido casi su color rubio natural. La cara aparecía demacrada, con los pómulos salientes, y era evidente que le faltaban unos cuantos kilos a su peso habitual. En el primer instante, Long pensó que se trataba de una buscona.

Pero las trotacalles no vestían tan pobremente ni ofrecían un aspecto tan deplorable como el de aquella joven. Realmente, y le

pareció, sin embargo, mentira, pedía limosna.

Ella le miraba casi fijamente, como si esperase ansiosamente un dólar para llenar su estómago hambriento. De súbito, Long tuvo un arranque y la cogió por un brazo.

—Venga aquí —dijo.

La joven se dejó llevar hasta el cálido refugio del restaurante rápido en el que Long había hecho más de una comida. Long empujó la puerta y entró, sin soltar a la mujer.

—Eh, Chester —gritó, a dos pasos del umbral—. Sírvele de comer a mi amiga. Lo que pida, ¿me oyes? Ya te pagaré después la cuenta, no te preocupes.

Chester Billings, dueño del local, miró sucesivamente al hombre y a la mujer. Apenas había clientes en aquellos momentos, debido a lo avanzado de la hora.

—Supongo que algo quedará por la cocina —contestó—. Está bien, muchacha; siéntate ahí y espera unos momentos. ¿Tú quieres algo, Archie?

—Estaré en la puerta. Sácame un doble, por favor.

—Conforme.

—Gracias —dijo la mujer—. No sé cómo agradecerle... Long sonrió.

—Hoy me pilla de buenas —contestó, a la vez que sacaba un billete de cinco dólares y lo ponía en la mano femenina—. La cena está pagada, no se preocupe.

Giró sobre sus talones y salió de nuevo, quedándose en el quicio de la puerta, en el lugar más oscuro. La ventana continuaba iluminada.

Chester apareció momentos después, con un vaso en la mano.

—¿Es interesante? —preguntó.

—Se llama Harry Thaite, no sé más, excepto que debo seguirle a todas partes —contestó el joven, después de atizarse un reconfortante trago de licor—. ¿Lo conoces?

—Ni idea, Archie. Es nuevo en el barrio, que yo sepa. ¿Ha hecho algo?

—Tiene que encontrarse con un tipo y darle algo a cambio. Yo sólo debo informar. Lo que hagan después, me importa un rábano.

—Hace una noche de perros. Si tienes ganas de descansar, entra.

—Gracias, Chester. Por cierto, ¿conoces a esa chica?

—No. Nunca la había visto hasta hoy. Pero no me parece una buscona...

—Lo mismo opino yo. Trátala bien, hombre.

—Descuida, Archie.

Chester se retiró con el vaso. Long sentía un agradable calorcillo en el estómago. Con el ánimo más optimista, se dispuso a dejar pasar el tiempo.

Repentinamente, vio la misma silueta en la ventana.

El hombre levantó el teléfono. Long le vio hacer algunos gestos de asentimiento. Luego dejó el teléfono en la horquilla y agarró el impermeable, que se puso sin más dilación.

El hombre se dirigió hacia la puerta. Long vio que la luz se apagaba. «¿Adónde irá ahora?», suspiró, temiendo la posibilidad de una nueva caminata bajo la lluvia que no había cesado de caer un solo instante.

Transcurrieron unos minutos. El hombre se hizo visible en la puerta de la casa. Con la mano izquierda se sujetaba el levantado cuello del impermeable. En la derecha, apreció Long, tenía un portafolios de cuero negro.

Al cabo de unos, segundos, Harry Thaite echó a andar e inició el cruce de la calle. En el mismo instante, Long oyó una voz a sus espaldas:

—Gracias por su generosidad, señor Long —dijo la joven.

Long no le hizo caso. Thaite estaba ya a mitad de la calle.

Súbitamente, un coche arrancó hacia el sujeto. Long se atiesó.

El vehículo tenía las luces apagadas. Thaite no se dio cuenta hasta que fue demasiado tarde, cuando el conductor del automóvil encendió los faros. Entonces, desesperadamente, echó a correr.

La calle era ancha y el automóvil rodaba a gran velocidad. Thaite no tuvo tiempo de alcanzar la otra acera.

El conductor del vehículo viró gradualmente a medida que Thaite corría hacia el otro lado de la acera. Impotente para hacer nada, Long presencié la escena sin perderse un solo detalle.

Bruscamente, un hombre asomó por la ventanilla posterior del coche. Casi tenía medio cuerpo fuera. En su mano derecha brillaba algo metálico.

Con enorme asombro por su parte, Long se dio cuenta de que el conductor no quería atropellar a Thaite. En cambio, el hombre que

viajaba detrás de él, movió la mano rápidamente. La cosa de metal alcanzó a Thaite en el cuello.

Entonces sucedió algo horrible.

Thaite continuó corriendo mientras la cabeza se desprendía de su cuello, limpiamente seccionado por la cosa de metal, y rodaba y botaba por el suelo mojado. Mientras aquel cuerpo decapitado continuaba su carrera, obedeciendo todavía las órdenes recibidas del cerebro, se desprendían de su cuello amputado dos chorros de líquido, que parecían sendos penachos escarlatas, de los que brotaba un leve vapor.

Unos pasos más adelante, el cuerpo sin cabeza se desplomó justo al borde de la acera. Otro coche llegaba en aquel momento y su conductor tuvo apenas el tiempo justo para evitar pasar sobre la cabeza, que todavía rodaba por el asfalto mojado. Luego, aterrado, huyó a toda velocidad, dando bandazos como si estuviese borracho.

Detrás de Long, la muchacha chillaba histéricamente. Long reaccionó por fin y echó a correr.

Cruzó la calle. El portafolios había quedado en el suelo, a dos pasos de su dueño. Sin amenguar el paso apenas, Long se inclinó, recogió la cartera y continuó corriendo hasta desaparecer por la próxima esquina.

Cuando llegó a su casa abrió la cartera.

Creyó que soñaba. Estaba llena de billetes de Banco.

El coche se detuvo frente al *Chester's* y su conductor se apeó y abrió la portezuela posterior. Chester también abrió la boca. Era la primera vez que un *Rolls-Royce* se detenía ante su local.

Una hermosa mujer se apeó del vehículo y dijo algo al chófer uniformado, quien hizo un ligero gesto de asentimiento. Luego ella cruzó la acera y entró en el restaurante, prácticamente desierto en aquellos instantes.

La joven sonreía al acercarse al mostrador.

—Seguro que no me recuerda, Chester —dijo.

Billing tragó saliva.

—Pu... pues no... no, señora... No he tenido el gusto de... de verla antes de ahora...

—Se equivoca —contradijo la joven—. Hace cosa de seis meses, un joven me invitó a cenar aquí y luego me dio cinco dólares. Fue la misma noche en que un salvaje decapitó a Harry Thaite. Yo lo

presencié desde la puerta, junto con el señor Long. Pero éste echó a correr y no le he visto a partir de ese momento.

Billings tenía los ojos fuera de las órbitas.

—Pe... pero no es posible... Usted es...

—Sí, soy yo. Charlotte Brucker. Sólo que con otras ropas y algo más llenita que entonces —dijo—. Mi suerte ha cambiado, como puede apreciar. Chester.

—Sí, ya veo... —«Habría encontrado algún fulano cargado de millones», pensó el dueño del restaurante—. Bien... dígame en qué puedo servirla, señora Brucker... ¿Qué desea tomar?

—Nada, Chester, y soy soltera —declaró ella—. Sólo quiero que me diga dónde puedo encontrar al señor Long.

Billings se rascó el cogote.

—Pues... a decir verdad... Si quiere que le sea sincero, no lo sé. Hace lo menos cuatro meses que no he tenido la menor noticia suya.

—¿Es posible? Tengo entendido que es cliente y amigo suyo...

—Sí, pero ahora lleva una temporada de mucho trabajo —respondió el dueño del local—. Bueno, la última vez que estuvo aquí dijo que a partir de ese momento tendría que trabajar de firme. Fue después del descabezamiento de Thaite. ¿Lo recuerda?

—No podré olvidarlo jamás —contestó Charlotte, estremeciéndose al recordar durante un instante la horrible escena presenciada meses antes. ¿Se sabe algo de sus asesinos?

Billings se encogió de hombros.

—No me he preocupado, francamente —repuso.

De pronto, chasqueó los dedos.

—Creo que ya lo tengo —exclamó—. Puedo darle el nombre de la agencia en la que trabajaba Archie. Allí, seguramente, sabrán su dirección. Así podrá ponerse en contacto con él. ¿Le parece bien, señorita Brucker?

Ella sonrió.

—Sí, es una buena solución —convino.

Momentos después se dispuso a despedirse de Billings. De pronto recordó algo.

—Chester, ¿qué tenía la cartera de Thaite, que se llevó el señor Long? —inquirió.

—Oh medio millón de dólares, procedentes del atraco a un

Banco. El señor Billings devolvió la suma y recibió el cinco por ciento de recompensa, es decir, unos veinticinco mil dólares.

—No está mal —sonrió Charlotte—. Gracias por todo, Chester.

—A usted, señorita Brucker.

CAPÍTULO II

La recompensa conseguida había mejorado considerablemente las finanzas de Archie Long y le había permitido trasladarse, de un apartamento en un bloque de viviendas construidas en serie, a una casita con jardín, pequeña, pero suficiente para su modesto tren de vida. La vivienda estaba en un barrio relativamente aislado y cerca del lugar al que acudía casi a diario, cosa muy conveniente para su nuevo trabajo. Los veinticinco mil dólares iban a servirle, además, para vivir sin dificultades hasta que hubiera consumado las aspiraciones que siempre había tenido. Un año más tarde, a lo sumo, habría conseguido lo que tanto había ambicionado y entonces sería cosa de pensar seriamente en su porvenir.

Por el momento, sin embargo, se sentía modestamente optimista. Aún no había cumplido los treinta años y sentía ante sí una perspectiva de futuro relativamente agradable. Encontraría dificultades, pero sabría vencerlas, pensó, mientras se disponía a desembarcar de su nuevo coche, comprado con parte del dinero de la recompensa.

Entonces, inopinadamente, se le acercó un individuo.

—¿Long?

El joven se volvió. Aquel sujeto era de mediana estatura y tenía cinco o seis años más que él. Vio en su cara varias cicatrices y la nariz aplastada y no dudó en adivinar su profesión: boxeador, seguramente, ya retirado.

—Sí, soy yo —contestó—. ¿Qué quiere de mí?

—Va a recibir una llamada —anunció el sujeto—. No la atienda, no haga caso. Olvídense en el acto de lo que le digan o lo pasará muy mal.

Long frunció el ceño.

—Oiga, amigo, ¿quién es usted? ¿Qué diablos pretende con esa amenaza?

—No se preocupe, Long —dijo el boxeador—. Haga lo que le digo y todo irá bien para usted. Adiós.

El sujeto dio media vuelta, caminó unos cuantos pasos y se metió en un coche, conducido por otro tipo, que arrancó en el acto. Long contempló el coche con ojos llenos de irritación. Maquinalmente se fijó en la matrícula y, al cabo de unos instantes, giró en redondo y se encaminó a la casa, haciendo esfuerzos por olvidar el incidente.

Entró en la casa, se aseó un poco y luego se cambió de ropa. Tras cenar ligeramente, se sentó en su mesa de trabajo, con un par de libros y un grueso cuaderno de anotaciones, y se enfrascó en su tarea. El tiempo transcurrió velozmente, hasta que, de pronto, se dio cuenta de que eran más de las diez de la noche.

Al día siguiente tenía que madrugar mucho. Estiró los brazos, bostezó y se dispuso a acostarse, para gozar de un bien merecido descanso. Entonces llamaron a la puerta.

Maldiciendo al importuno, se levantó para abrir. Unos segundos más tarde, se encontraba frente a tres sujetos cuyo aspecto le desagradó inmediatamente.

—¿Es usted Archie Long? —preguntó uno de ellos.

—Sí, pero ya no recibo —contestó el joven secamente—. Estoy cansado y me quiero irme a la cama. Vuelvan otro día, por favor...

—Me llamo Jay Ettison —dijo el sujeto—. ¿No le dice nada mi nombre?

—Sí, me dice que es un tipo importuno con el que no quiero seguir hablando ni un minuto más. Váyase, por favor.

Ettison alargó la mano izquierda y detuvo el giro de la puerta.

—Tenemos que hablar, Long —declaró fríamente—. Le guste o no —añadió.

Long frunció el ceño.

—Muy bien. Hable, pero sea breve. ¿De qué se trata?

—Quinientos mil dólares. ¿Dónde están?

Las cejas del joven se levantaron.

—Ahora creo que sé quién es usted —dijo—. Atracó el Banco... y, seguramente, con ese par de gaznápiros que tiene al lado.

—Se equivoca en una cosa y acierta en otra. Yo no atraqué el Banco, pero estos que tengo al lado si son unos gaznápiros. Tenían que haber conseguido el botín y se limitaron a cortarle la cabeza a

Thaite. Uno solo, claro; el otro conducía el coche.

Long miró sucesivamente a los dos sujetos, tremendamente altos y robustos. Eran dos matones profesionales, capaces de liquidar a cualquiera por una fruslería. Había tenido ocasión de comprobarlo.

—Le diré una cosa —siguió Ettison—. Fue otro el que atracó el Banco y escondió luego la «pasta». Thaite se enteró de ello y se la birló después, escondiéndola a su vez. Estos dos... gaznápiros, tenían órdenes de conseguir el dinero, pero lo hicieron mal y mataron a Thaite antes de conseguir el objetivo principal. Usted entró en escena y arreó con la «pasta». ¿Dónde la tiene?

Long se echó a reír.

—Pero... ¿es posible que no lo sepa? ¿Dónde ha estado hasta ahora, Ettison?

—En la cárcel —contestó el sujeto sin pestañear—. Tenía pendiente una cuentecilla con la justicia y me he pasado allí casi un año. Ahora he venido a por ese dinero, parte del cual... —Movi6 la mano en amplio círculo—, ha empleado usted en esta casita tan elegante. Nos ha costado mucho dar con usted, es cierto, pero, al fin, lo hemos conseguido y, créame, no nos vamos a marchar de aquí sin la «pasta».

—Ettison, está usted pésimamente informado. Devolví el dinero y me gané el cinco por ciento de recompensa.

El sujeto se quedó at6nito.

—No lo creo —gritó—. Nadie devuelve medio millón...

—Usted mide a los demás por el mismo rasero —exclamó el joven, vivamente irritado—. Cree que por ser un ladr6n, todos han de serlo también, y eso no es así. Bueno, ya tiene la respuesta que había venido a buscar, conque lárguese y déjeme descansar.

—Sigo sin creerle —insistió Ettison—. Ese dinero está aquí y usted, cuando lo precisa, saca unos cuantos billetes... ¡Robby, Dace! —gritó repentinamente—. Hay que poner la casa patas arriba, pero quiero el dinero, ¿entendido?

—Un momento —se sulfuró Long—. Nadie va a tocar un solo mueble de mi casa...

—¿Ah, no? —dijo Ettison, sonriendo perversamente. De súbito, sacó un revólver de cañ6n corto y apuntó al joven—. ¿Cómo piensa impedirlo, muchacho?

La reacción de Long no fue menos veloz. Levantó el pie con

fulgurante gesto y el revólver voló por los aires.

Ettison se tambaleó, a la vez que lanzaba un aullido, agarrándose la mano derecha con la otra. Al mismo tiempo, Long percibió inicios de movimientos hostiles en los otros dos sujetos.

Velozmente, giró en redondo, apoyado en el pie izquierdo. El derecho, a la altura de sus hombros, completó la vuelta y golpeó el rostro de Dace, quien se desplomó de espaldas, bramando como un búfalo enfurecido.

Robby cargó contra el joven. Long se agachó, dejó que el sujeto pasara sobre él y luego, incorporándose rápidamente, lo hizo voltear en el aire. Robby cayó de espaldas, con enorme golpazo, y quedó aturdido un instante, tiempo suficiente para que Long se apoderase del revólver que Ettison había perdido.

—La visita ha terminado —dijo duramente, a la vez que amartillaba el revólver. Miró con furia a Ettison—. Maldito imbécil, ¿cómo hay que decirle las cosas para que le entren en su cabezota de asno?

Ettison farfulló unas cuantas imprecaciones. Los dos hampones, desconcertados, no sabían qué hacer. Todavía estaban aturdidos y Dace se frotaba la mejilla derecha, que ya empezaba a hincharse a causa del taconazo recibido.

—¡Fuera! —gritó el joven—. ¡Fuera o no respondo de mí!

Ettison y sus secuaces cobraron miedo y emprendieron una rápida retirada. Pero unos segundos después, Ettison, a diez metros de la casa, blandió el puño.

—¡Volveremos a vernos! —aulló.

—¡Búsquese una bala de heno, burro! —le apostrofó el joven, a la vez que cerraba la puerta de golpe.

Luego se pasó una mano por la frente.

—Malditos idiotas —masculló, todavía furioso. Le costaría dormirse, con lo que le hacía falta una noche de sueño, pensó amargamente. Lanzó el revólver al diván y se desabrochó el primer botón de la camisa.

En aquel instante, sonó el teléfono. Long lo miró como si fuese su peor enemigo. Se sintió tentado de no contestar a la llamada, pero, al fin, resignado, levantó el aparato.

—Long —dijo de mala gana.

—¡Al fin! —exclamó una voz femenina—. No sabe cuánto me

alegre de haberle encontrado, señor Long.

—Pero ¿quién es usted? —exclamó el joven, desconcertado—. ¿Puede decirme su nombre, señora?

—Hace seis meses, usted me dio de comer una noche muy lluviosa. ¿Lo recuerda ahora?

—¡Santo Cielo! —exclamó Long, sin poder contenerse—. Usted es aquella chica...

—Sí, la misma. Mi nombre es Charlotte Brucker y le necesito con urgencia. ¿Podría venir mañana a verme? La dirección es South Coast Road, ocho mil setecientos. Estaré en casa todo el día...

Long empezaba a recobrase de la sorpresa.

—Señorita Brucker, mucho me temo que no pueda ir en todo el día. Sin embargo, y por tratarse de usted, haré un esfuerzo y creo que podré llegar alrededor de las ocho de la noche. Es todo lo más que puedo hacer, créame.

—Está bien, me conformo con esa hora. Pero, por lo que más quiera, no me falte.

—Descuide.

Long colgó el teléfono. ¿Qué diablos quería aquella muchacha? ¿Otra limosna?

Encogiéndose de hombros, se fue a la cama. Contra lo que había temido, se durmió apenas puso la cabeza en la almohada.

Paró el coche y contempló el número situado en una de las jambas de mampostería que sostenían la puerta enverjada, al otro lado de la cual se divisaba un espléndido jardín, iluminado a trechos por lámparas situadas estratégicamente. Sacó el papel donde había anotado la dirección de Charlotte y comprobó que no se había equivocado.

—Increíble —murmuró, a la vez que se apeaba para tocar el timbre.

A los pocos segundos oyó una voz a través del interfono.

—¿Señor Long?

—Sí, el mismo.

—Tenga la bondad de entrar con el coche, por favor.

—Gracias.

Long se sentó de nuevo tras el volante, mientras veía deslizarse la verja a un lado. Cuando arrancaba, oyó el rugido de un automóvil que se acercaba a gran velocidad.

Volvió la cabeza un instante. Los faros le deslumbraron, pero pudo captar la llamarada de un disparo. La bala rozó la tapa del motor y se incrustó en la columna de mampostería. El coche pareció llevarse consigo el estampido del arma.

Long respingó. ¿Por qué diablos le atacaban? se preguntó, a la vez que aceleraba a fondo.

La verja se cerró apenas hubo franqueado la entrada. Rodó hasta la puerta de la casa y se apeó de un salto, contemplando con el ceño fruncido la marca que el proyectil había dejado en la chapa del automóvil.

En el mismo instante, se abrió la puerta del edificio. Long dejó de lado el incidente, subió ágilmente la media docena de escalones que había hasta la entrada y se acercó a la doncella que había acudido a recibirle.

—Señor Long, tenga la bondad de seguirme —dijo la sirvienta—. La señorita Brucker le está aguardando en su gabinete privado.

Long tenía la boca abierta. ¿Cómo era posible que la fortuna de Charlotte hubiese mudado tanto en unos pocos meses? De pedir limosna por las calles, medio muerta de hambre y vestida de andrajos, había pasado a vivir ahora en una mansión de ensueño, como imaginada por el decorador de unos estudios de cine, para una película de ambientes de alta sociedad. Mecánicamente se dejó guiar por la doncella, hasta una puerta bellamente decorada, y cruzó el umbral sin acabar de creer todavía en lo que estaba contemplando.

Charlotte escribía algo, tras una mesa, y se puso en pie, sonriendo al verle. Long observó con estupor el cambio que se había operado en la muchacha.

—Dios mío... ¿Es usted?

Ella le tendió una mano.

—En efecto, soy aquella mujer harapienta y muerta de hambre, a la que usted socorrió una noche que, me parece, no olvidaremos ninguno de los dos —respondió la joven—. Pero siéntese, por favor; enseguida le explicaré los motivos de mi llamada. ¿Quiere beber algo? ¿O prefiere café?

—Café, por favor, muchas gracias.

Charlotte lo pidió por un interfono. Luego, sonriendo graciosamente, ofreció una cigarrera a su huésped. Long no había

reaccionado aún.

La transformación sufrida por Charlotte era absoluta. Ahora, ella vestía un sencillo traje de color azul fuerte, con vivos blancos, sin joyas de ninguna clase, a excepción de un costoso reloj en la muñeca izquierda. Las orejas quedaban desnudas, pero apenas visibles bajo la frondosa melena rubia, que constituía uno de sus principales atractivos.

La doncella vino con el café y se retiró, dejándolos solos. Charlotte llenó las tazas y se recostó contra el borde de la mesa.

—Le necesito, señor Long —dijo, después de tomar un sorbo—. Necesito de sus servicios y estoy dispuesta a recompensarle generosamente, eso sin contar con todos los gastos que el trabajo pueda ocasionarle y que, por supuesto, aceptaría sin el menor reparo.

—¿Quiere encomendarme un trabajo? —se asombró él—. ¿De qué clase?

Charlotte hizo un ademán con la mano.

—Observe lo que tiene a su alrededor. Puedo perderlo y quizá tenga que verme de nuevo en la misma situación que estaba cuando nos conocimos. No me gustaría; por eso quiero que me ayude.

—Ah, un trabajo de investigación.

—Exactamente.

—Temo que se ha equivocado —manifestó el joven pausadamente—. Fui detective privado, en efecto, pero sólo durante una temporada y porque necesitaba el sueldo para vivir. No se vaya a creer que entonces mi situación era mucho mejor que la suya, aunque, por fortuna, cambió un poco a partir de aquella noche. No entraba en mis obligaciones, pero recobré la cartera con medio millón, importe de un robo a un Banco, y percibí una buena recompensa. Con ese dinero, me estoy sosteniendo por ahora y espero seguir así durante un año, aproximadamente, tiempo que estimo necesario para conseguir mis propósitos.

El bello rostro de la joven expresó decepción.

—De modo que no es detective profesional —exclamó.

—Nunca lo he sido, y si entonces acepté ese empleo, fue porque no encontraba otro —contestó Long—. Créame, lamento infinito defraudarla, pero ya no desempeño esa clase de trabajos.

—Lastimoso —suspiró ella—. Había confiado tanto en usted...

—Conozco a un competente profesional. Si quiere, puedo recomendárselo.

Charlotte hizo un gesto negativo.

—Sería inútil —declaró—. Francamente, señor Long, salvo en usted, no confío en nadie. Creo que tendré que hacerlo yo misma.

—Pero ¿tan grave es su problema? —se asombró el joven.

—Ya se lo he dicho: puedo perder todo cuanto poseo —respondió Charlotte tristemente.

CAPÍTULO III

Long encendió un cigarrillo. Luego dijo:

—Me gustaría hacer algo por usted, pero, desdichadamente, tengo mi tiempo completamente ocupado. De todas formas, sospecho que no me van a dejar desligarme de sus problemas.

—¿Por qué? —se extrañó Charlotte.

—Ayer, cuando llegaba a mi casa, se me acercó un individuo y dijo que iba a recibir una llamada telefónica y que debería olvidarme de lo que me dijeran o lo pasaría muy mal. La llamada, obviamente, es la suya.

—¿Eso le ha ocurrido?

—No tengo motivos para engañarla. El hombre se marchó muy pronto, sin darme más detalles, pero resulta evidente de que estaba informado que usted iba a ponerse en contacto conmigo. Por tanto, resulta igualmente evidente que usted comunicó a alguien sus intenciones y que esa persona, sea quien sea, la ha traicionado.

—Eso es imposible —protestó la joven—. No dije nunca mis intenciones.

—Tiene sirvientes. Alguno de ellos pudo enterarse.

—Hay cuatro personas más en la casa: cocinera, doncella, jardinero y chofer. Pero a ninguna les he mencionado mis intenciones en absoluto.

—¿Habló por teléfono alguna vez en presencia de algún sirviente?

—Referente a usted, no, rotundamente —contestó Charlotte.

—Entonces, no entiendo... Oiga, usted fue a buscarme al Chester's —exclamó él de pronto.

—Sí, es cierto.

—¿Fue sola?

—Oh, no; hice que me llevase mi chófer... ¡Pero es un hombre leal, de toda mi confianza!

—¿Cómo lo sabe? —preguntó Long.

—Bueno, lleva bastantes años en la casa... La verdad, por mí, habría despedido a todos los sirvientes y puesto en venta esta mansión. Me ahogo en una casa tan grande... pero no me parece justo dejar en la calle a cuatro personas que llevan ya años en este empleo.

—¿A quién servían antes?

—A mi tía Millicent Forbes-Drawn. Fue hermana de mi madre y poseía una inmensa fortuna, que he heredado yo a su muerte. Sin embargo, hay cuatro sobrinos más y familiares por parte de su también difunto esposo, y ellos son los que me están causando los problemas que pueden acabar con mi ruina.

Long hizo un gesto pesimista.

—Señorita Brucker, éste es un asunto para que lo resuelva un competente abogado y no un exdetective que, además, tiene muy poca experiencia en el oficio. Si quiere un consejo, búsquese al mejor abogado de la ciudad, páguele una minuta principesca y así se verá libre de todos sus problemas.

—Temo que eso va a ser imposible —contestó Charlotte—. El testamento de tía Millie, aunque no lo parece, no está lo suficientemente claro como para evitar una demanda. Pero en alguna parte hay un documento posterior, referente a sus bienes, que no ha aparecido. Ése es el problema, ¿comprende?

—Usted quería que yo encontrase el documento.

—Sí, en efecto.

—Lo siento verdaderamente. —Long se puso en pie—. Créame, llevo una temporada con mucho trabajo y, con toda seguridad, voy a estar así casi un año. De todos modos, le recomendaré a un buen...

Charlotte alzó una mano.

—No, gracias, no quiero que el tema se divulgue más todavía. Ya me las arreglaré como pueda. Pero quiero que sepa que jamás olvidaré lo que hizo por mi aquella noche.

—Había que dar de comer al hambriento —sonrió él.

—Otro me hubiese pedido algo más que unas palabras de gratitud —dijo la joven.

—Saltaba a la vista que no se le podía pedir.

Ella le tendió las manos.

—Gracias —murmuró—. ¿Puedo hacer algo por usted?

—He visto que su situación ha cambiado favorablemente y eso es suficiente para mí —se despidió Long.

Alguien llamó a la puerta. Long estaba sumido en su trabajo y no hizo el menor caso.

La llamada se repitió. Fastidiado, tiró el lápiz a un lado y se puso en pie. Mecánicamente, consultó la hora: las siete y media de la tarde. Empezó a pensar la conveniencia de alquilar alguna casita retirada en las montañas o en una playa solitaria, donde no pudiera molestarle nadie. Atravesó el despacho y el salón, abrió y se quedó mirando fijamente a la hermosa mujer que estaba en el umbral.

—Hola —saludó ella—. ¿Puedo pasar?

—¿Quién es usted? —preguntó Long.

—Pamela Lawrence. No me ha visto nunca, pero si le dijo que soy prima de Charlotte Brucker, sabrá enseguida por qué estoy, aquí.

Long hizo varios movimientos de cabeza.

—Pase —invitó—. Pero sea breve, por favor; tengo mucho trabajo.

—¿Está redactando el informe de sus actividades del día?

Long cerró la puerta suavemente y señaló el diván.

—Temo que se equivoca, señorita Lawrence...

—Señora, pero es igual; estoy divorciada.

—Oh... ¿Le apetece beber algo?

—No, gracias.

Pamela se sentó en el diván y cruzó desenvueltamente las piernas. La falda de su ajustado traje rojo se le subió hasta el puño de las medias y permitió que el joven pudiera ver la presilla de las ligas. El vestido era terriblemente escotado; casi parecía pintado sobre un cuerpo de contornos exuberantes. Sobre el hombro izquierdo, Pamela llevaba descuidadamente una estola de, en apariencia, piel de zorro plateado.

Los labios estaban muy pintados y pertenecían a una boca rebosante de sensualidad.

—Bien —dijo él, tras una ligerísima pausa—, usted dirá.

—Quiero contratarle —manifestó la joven.

—No soy detective profesional.

—Le pagaré bien.

Pamela abrió el bolso y enseñó un fajo de billetes.

—Aquí hay cinco mil... para empezar. Cuando haya terminado, le daré cuatro veces más —dijo.

—Guarde ese dinero, pierda el tiempo.

—Usted es un profesional...

—¡Se equivoca!

La violencia de la respuesta sorprendió a la visitante.

—¿Por qué trata de negar lo evidente? —exclamó Pamela.

—¿Cómo podría darle a entender que le estoy diciendo la verdad? —masculló Long—. ¿Quiere que me ponga de rodillas y se lo jure?

—¿No necesita el dinero?

—Sí, pero no el suyo.

Ella sonrió.

La piel cayó a un lado. Con la mano izquierda, rozó uno de los tirantes del vestido y el hombro quedó al descubierto, blanco, mórbido, mostrando casi completamente el henchido seno de aquel lado, justo hasta el rosado borde de su picudo remate.

—Quizá quiera también algo más —dijo, claramente insinuante.

Long se hartó. Recogió la piel, la puso sobre los hombros de su dueña, agarró a ésta por una mano y la hizo ponerse en pie.

—Será mejor que se marche —exclamó.

—Pero, Archie, yo...

—¡Fuera!

Pamela se encogió de hombros.

—Está bien, idiota; usted se lo pierde. Las dos cosas —dijo, tratando de mantener cierta dignidad—. Buscaré a otro...

—Eso es lo que debiera haber hecho desde el principio.

Long abrió la puerta.

—Adiós y no vuelva nunca más por aquí —concluyó.

Pamela salió, taconeando vivamente. Long contuvo a duras penas los deseos que sentía de propinar una buena zurra a aquel opulento trasero. Cerró la puerta de una patada y volvió a su cuarto de trabajo.

Levantó el teléfono. Momentos más tarde, escuchaba la voz de Charlotte.

—¿Qué le ocurre, señor Long? —preguntó ella.

—Ha estado a verme una tal Pamela Lawrence. ¿La conoce

usted?

—¡Es mi prima! —se asombró Charlotte—: ¿Cómo le ha encontrado?

—Eso es lo de menos. Lo más importante es que quería contratarme para no sé qué trabajo, aunque me figuro que está relacionado con sus problemas. Naturalmente, me he negado, a pesar de sus ofertas.

—¿Le ha ofrecido dinero?

—Y algo más, Charlotte.

—Comprendo. Eso es muy propio de ella. Es una mujer absolutamente carente de moral. En realidad, es la matriarca del clan, aunque la palabra debe tomarse como metáfora, ya que es la que manda en sus tres hermanos. Pero éstos la contradicen sólo en muy contadas ocasiones y sólo en cosas de poca monta. ¿Le dijo para qué quería su cooperación?

—No. Sólo me ofreció dinero y luego, cuando vio que no conseguía nada, trató de... Bueno, imagínese.

—¿Resistió a la tentación, Archie?

—Lo admito.

Charlotte se echó a reír.

—Es usted un hombre muy fuerte. Ella es terriblemente hermosa.

—He podido comprobarlo, pero no me gusta aceptar ciertas invitaciones y menos en determinadas circunstancias. Discúlpeme si la he molestado. Charlotte.

—Al contrario, ha sido un placer. ¿Cómo va su trabajo?

—No puedo quejarme. Buenas noches.

—Adiós. Archie.

Long colgó el teléfono y volvió a sentarse ante su mesa. Al cabo de unos minutos, tiró el lápiz.

Ahora no podía concentrarse en su tarea. La visita de Pamela le había conturbado profundamente.

Irritado consigo mismo, se preguntó si había hecho bien al rechazarla.

Su respuesta había sido demasiado sincera. Debía haber aceptado unos minutos de devaneo y así habría podido enterarse de algunas cosas que ignoraba todavía.

Pero quizá más adelante hubiesen surgido complicaciones poco

agradables, que le habrían proporcionado graves quebraderos de cabeza, con el consiguiente perturbamiento de su trabajo. No, decidió finalmente; había hecho bien al echar a Pamela de su casa. Pero aquella noche, admitió desazonadamente, ya no podría concentrarse de nuevo en la labor.

De pronto, se le ocurrió una idea.

Alguien sabía que Charlotte le había buscado. Tal vez, investigando, habían estado en el Chester's. ¿Por qué no hablar con el dueño, al que hacía mucho tiempo que no veía?

Una cerveza y un rato de charla con un viejo amigo le sentarían bien y despejarían notablemente su cargado cerebro. Tomada la decisión, se puso en pie y se preparó para salir.

Cuando llegaba a la puerta, oyó el timbre de llamada.

Maldijo al importuno, pero abrió. Entonces vio a un sujeto desconocido en el umbral.

Era un hombre de mediana edad, con el pelo entrecano. Tenía, la cara muy blanca y sus ojos estaban muy abiertos.

También tenía la boca abierta y se esforzaba por decir algo.

—¿Qué quiere usted? —preguntó Long.

—Co... al... Station... —dijo el sujeto.

Y, de repente, se venció hacia adelante.

Long apenas si tuvo tiempo de recogerlo en sus brazos y sostenerlo para evitar que cayera al suelo. Entonces fue cuando, horrorizado, vio el mango del puñal que asomaba por la espalda del visitante.

El cuerpo del desconocido fue sacudido por una fuerte convulsión. Luego se relajó y Long adquirió la convicción de que tenía un cadáver en los brazos.

CAPÍTULO IV

Casualmente, Long cabalgó sobre un taburete y lanzó una mirada afligida a su amigo.

—¿Qué va a ser, Archie? —preguntó Billings.

—Algo que me reconforte, Chester. Lo dejo a tu elección.

—De acuerdo.

Billings llenó un vaso, lo puso delante de su cliente y se acodó en el mostrador.

—Me parece que aún te dura la impresión. Archie —dijo.

Long asintió. Despachó la mitad del vaso y se puso un cigarrillo en la boca.

—Imagínate a ti mismo en esa situación —contestó—. No lo pasarías muy bien, ¿verdad?

—Estoy de acuerdo, pero, sin embargo, fue mucho más horrible lo de Thaite —le recordó Billings.

—Thaite no me cayó en los brazos.

—Eso es cierto. ¿Te mareó mucho la policía?

—Estuvieron hasta las tres de la madrugada. Han pasado casi doce horas y todavía creo que tengo la boca seca, de tanto contestar a sus preguntas.

—Sí, marean a la gente cuando se encuentran con un «fiambre» —convino el dueño del restaurante—. Pero lo que no entiendo es por qué fue a verte ese tipo.

—Quería decirme algo, Chester.

—¿Tuvo tiempo?

Long frunció el ceño.

—Pronunció dos palabras, pero creo que ya deliraba. Eran sus últimos instantes de vida, ¿comprendes?

—Sí, parece lógico. ¿Otro trago, Archie?

—No, gracias, ya tengo bastante. En realidad, he venido para hacerte algunas preguntas.

—Si conozco las respuestas...

—Creo que sí. Ella, bueno, Charlotte Brucker estuvo aquí y te pidió mi dirección.

—Sí, en efecto.

—¿Quién vino después de ella, Chester?

—Nadie, Archie.

—¿Estás seguro?

—Aguarda, hombre. Sí, vino alguien aquella misma noche, ya bastante tarde. El tipo dijo que ella había perdido tu dirección y que me rogaba se la repitiese. No tenía por qué ocultarlo y se lo dije.

—¿Sabes quién era?

—¡Claro que sí, hombre! ¡El chófer!

Long sonrió. Billings añadió:

—Lo vi cuando ella vino aquí y luego lo reconocí de inmediato. Todavía llevaba el uniforme puesto.

—Chester, eres un buen amigo —dijo el joven—. ¿Qué te debo?

—Cortesía de la casa. Era la medicina que estabas necesitando.

El joven se echó a reír.

—Adiós, Chester.

—Ella es muy guapa, Archie —dijo Billings maliciosamente.

Long meneó la cabeza y salió del restaurante. Se acercó al coche y, cuando se disponía a abrir, vio algo que le hizo fruncir el ceño.

—Salga —ordenó a la chica que se hallaba en el asiento delantero.

Ella volvió la cabeza y le miró implorantemente.

—No puedo. Me están apuntando con una pistola.

Long respingó.

La Joven añadió:

—Él está escondido entre los dos asientos. Si usted no entra en el coche, me matará igualmente.

Era una joven de poco más de veinte años, muy rubia, de ojos intensamente azules y expresión dulce y desvalida. Aunque no entendía apenas lo que sucedía, Long sintió en el acto una viva simpatía hacia la muchacha.

—Está bien, no se preocupe —dijo—. Haremos lo que ese tipo desea.

Entró en el coche, se sentó tras el volante y dio el contacto. Detrás de él, sonó una voz bronca:

—Diríjase hacia la salida Sur y siga así hasta que le ordene.

Algo frío y duro rozó el cuello de Long. El desconocido añadió:

—La pistola no es una broma, ¿entendido?

—De acuerdo. Seguiré sus instrucciones, no se preocupe. Pero ¿no puede decirme su nombre?

—No —contestó secamente el sujeto.

—¿Y usted?

—Yo me llamo Evelyn Cattin —dijo la chica.

—Hola, Evelyn. Por si este tipo no te lo ha dicho, debes saber que soy Archibald Emmett Long, pero puedes llamarme Archie.

—Gracias. Siento lo que sucede, pero él no me ha dejado otra opción.

—No te preocupes. ¿Sabes, al menos, adónde vamos?

—No tengo la menor idea.

—Está bien; ya lo dirá él cuando lo crea conveniente.

—De eso puede estar seguro —exclamó el desconocido, riendo desafortadamente.

Y, media hora más tarde, ordenó a Long que se desviase por un camino secundario, que descendía suavemente hacia un extenso valle, por cuyo centro se deslizaba mansamente una corriente de agua, entre chopos, álamos y sauces. Un par de kilómetros más adelante, Long recibió la orden de detenerse.

—Apéense los dos —ordenó el hombre, que ya había saltado fuera del coche.

Long lo reconoció en el acto.

—Usted me dio un aviso hace pocos días —exclamó. El hombre de la cara marcada sonrió.

—Y no hizo caso —contestó—. Pero es lo mismo; al fin, le tengo en mi poder.

—¿Qué va a ser de ella? —pregunto el joven, señalando a la chica con la cabeza.

El corto cañón del revólver apuntó a la frente de Evelyn.

—Matt Digby le dijo algo antes de morir —exclamó el desconocido—. Dígamelo o la mataré a ella.

Long respingó.

—Por todos los diablos... Usted no puede hacer eso; esa muchacha no tiene nada que ver...

—Hable —rugió el exboxeador.

—¿Qué pasaría si yo me negase a contestar? —preguntó Long, a la vez que cruzaba los brazos.

El revólver detonó.

Evelyn lanzó un chillido de pánico y saltó a un lado. El hombre dijo:

—Ha sido un disparo de aviso y el próximo irá a la frente de esa estúpida. No se lo repetiré más, Long...

—Pero, bueno, ¿qué diablos tiene que ver esta mujer con lo que usted anda buscando? —exclamó el joven, muy irritado.

—A decir verdad, nada —contestó cínicamente el exboxeador—. Simplemente, estaba paseándose por la calle y la hice entrar en el coche. Por si no lo sabía, le diré que es un rehén. Ahora ya lo entiende, ¿verdad?

—Sí, pero me parece que está perdiendo el tiempo. En primer lugar, Digby no me dijo nada. Y, en segundo, ese revólver es defectuoso.

—¿Quién le ha dicho que es defectuoso? —aulló el sujeto—. ¿No ha oído el disparo?

—Sí, pero tendría que haber apretado más el gatillo. Lo hizo con poca fuerza y la bala salió muy despacio y ha caído a sus pies. Mire, mire bien.

El hombre bajó la vista instintivamente. Entonces, Long alargó la mano izquierda, desvió el arma y disparó el puño derecho con todas sus fuerzas.

Se oyó un rugido. El hombre abrió los brazos, lanzó el revólver a unos pasos de distancia y cayó de espaldas.

Pero no había perdido el sentido y se levantó de inmediato, cargando contra el joven con la cabeza gacha. Long le dejó llegar y, en el último instante, se echó a un lado y golpeó su cuello con el filo de la mano.

Esta vez, el exboxeador se desplomó sin sentido. Long sonrió mientras se volvía hacia Evelyn.

—Bueno, parece que hemos salido del apuro —dijo.

Dio un par de pasos, se apoderó del revólver y lo guardó en el bolsillo de la chaqueta. Luego se acercó a la muchacha y la agarró de un brazo.

—Lo mejor será que nos volvamos a casa cuanto antes —propuso.

Inesperadamente, Evelyn lanzó una exclamación de asombro:

—¡Es increíble! Pero ¡Si estamos a cuatro pasos de mi casa de campo!

—¿Qué estás diciendo? —se asombró Long.

—Mira —dijo ella, a la vez que tendía un brazo—, está allí, a menos de tres kilómetros. No me había dado cuenta hasta ahora, pero es que suelo ir corrientemente por la carretera del otro lado del valle. Pero también se puede llegar desde aquí. ¿Te parece que vayamos un rato?

Long dudó un momento. Miró al exboxeador, que continuaba sin sentido, y acabó por asentir.

—De acuerdo, vamos allá.

Era una casa para los fines de semana, pequeña, pero cómoda y bien instalada. Evelyn fue al tocador unos momentos y luego regresó, con el pelo arreglado y una atractiva sonrisa en los labios. Long vio que era una muchacha muy agradable y de bonita figura. Más que bella, era graciosa, pero, por eso mismo quizá, se dijo, resultaba sumamente atractiva.

—Has preparado bebidas —dijo ella.

—Las necesitábamos —contestó Long, a la vez que le entregaba una copa—. ¿Se te ha pasado el susto?

—Sí, desde luego, pero he pasado mucho miedo. No sé por qué ese tipo tuvo que elegirme a mí...

—Fuiste la primera que pasó por su lado, cuando yo me disponía a salir del restaurante. Lo mismo habría podido secuestrar a una venerable ancianita o a un repartidor de telegramas.

—Me parece que tienes razón —convino Evelyn—. Pero ¿qué quería de ti? ¿Quién es ese tal Digby?

—Oh, un tipo al que clavaron ayer un puñal en la puerta de mi casa. ¿No lees los periódicos?

—Son muy aburridos. ¿Asesinaron a una persona delante de ti?

—Prácticamente, así fue, aunque no tengo la menor idea de quién pudo hacerlo. Pero no me dijo nada, en contra de lo que pudiera sospechar nuestro secuestrador.

Long pensó que no era conveniente repetir lo que le había dicho Digby. Además, era una frase que para él no tenía el menor significado. Quizá Charlotte sabía, algo... pero ya hablaría con ella en otro momento.

—Eso no me importa —declaró Evelyn—. Lo único que sé es que te estoy muy agradecida por haberme salvada la vida. Te has portado como un verdadero héroe.

—Bueno —sonrió el joven—, no ha sido nada de particular... Además, pienso que el tipo sólo quería amedrentarme...

—Sí, pero imagínate que cedes y se lo dices. Él no podía dejarnos vivos después de habernos secuestrado, porque le habríamos denunciado a la policía, ¿no es así? Luego me has salvado la vida y me gustaría agradecértelo de alguna manera.

—En todo caso, también miraba por mi apreciado pellejo, Evelyn.

—De acuerdo, pero yo estaba contigo, en peligro, y ahora estoy a salvo. No lo olvidaré nunca, créeme.

Long se percató de que Evelyn le miraba con ojos: muy brillantes y la boca entreabierta. El pecho, de suaves y firmes contornos, se movía aceleradamente. Entonces pensó que llevaba mucho tiempo sumido de una forma total en su trabajo y que le convenía relajarse y olvidar todo por unos momentos.

—Me gusta que hables así —dijo—. ¿Eres casada?

Ella movió la cabeza varias veces. Long decidió hacer una prueba y puso las manos en su cintura.

—Me gustas —añadió.

—¿De veras?

Long la atrajo hacia sí.

—Eres una chica preciosa. No estás casada, pero ¿tienes algún compromiso?

—Si lo tuviera, ¿te importaría?

—En estos momentos, al menos, no.

La boca del joven busco la de Evelyn. Ella le echo los brazos al cuello. Long apretó con fuerza, pero Evelyn no se quejó.

Al cabo de unos segundos, la mano derecha de Long ascendió y subió hasta la parte posterior del vestido. Luego empezó a bajar lentamente, abriendo la cremallera. Cuando llegó a la cintura, se dio cuenta de que era un vestido muy especial. La cremallera llegaba hasta abajo.

Abrió el vestido por completo. Evelyn no protestó.

Separándose un paso, dejó que el traje cayera, al suelo. Evelyn quedó solo con el sostén, las bragas y el ligero.

—Archie, aquí no —suspiró ella, lanzándose de nuevo en sus brazos.

Pasadas varias horas, se quedaron profundamente dormidos. Pero a la madrugada, por la costumbre, se despertó Long, asaltado por un súbito pensamiento.

Sin hacer ruido, se vistió. Evelyn continuaba dormida, apenas cubierta por una sábana. Long buscó el revólver del exboxeador y examinó el tambor. Sonrió al captar un detalle, que no había sabido ver hasta aquel momento.

Luego, en completo silencio, abandonó la casa. Evelyn despertó al oír el ruido del motor, pero cuando quiso reaccionar, Long rodaba ya a toda velocidad por la carretera de vuelta a la ciudad.

CAPÍTULO V

Charlotte se sentía sorprendidísima por la Inesperada visita del joven y más todavía, por la temprana hora en que Long se había presentado en su casa.

—Creí que había decidido no intervenir en este asunto —dijo.

—Alguien está empeñado en que lo haga contra mi voluntad —respondió él. Y si no, ¿cómo se explica que Digby, el jardinero, fuese asesinado en la puerta de mi casa?

—Le aseguro que yo no le envié allí con ningún mensaje. Si hubiera querido decirle algo, lo habría hecho por teléfono. O hubiese ido yo personalmente a verle.

La doncella avisó en aquel momento de que el desayuno estaba preparado. Charlotte invitó a Long a acompañarla, invitación que el joven aceptó de inmediato.

—La verdad, tengo un hambre de lobo —confesó.

Durante el desayuno, permanecieron silenciosos. Al terminar, reanudaron la conversación.

—Está bien, pero todavía no me ha dicho por qué ha venido a verme —manifestó ella.

—De acuerdo. Empecemos por el principio. Usted es la heredera de tía Millie, pero ahora han surgido ciertos inconvenientes, a causa de un documento escondido en alguna parte. Tiene cuatro primos que le disputan la herencia. Dígame, ¿quiénes son y cómo se llaman?

—El mayor de todos es John. Le sigue Pamela, Lawrence por su matrimonio. Luego viene Ringo, un tipo aventurero y mezclado con ciertos ambientes del hampa. Evelyn es la más pequeña. Tendrá unos veintiséis años. Todos hacen algo, pero no me pregunté qué, porque prácticamente no he tenido relación con ellos.

—Esto empieza a aclarar un poco las cosas. Ringo fue el primero que me avisó, porque ya estaba enterado de sus gestiones para

buscarme. Pamela fue a mi casa, con la intención de seducirme y conseguir averiguar lo que me dijo Digby antes de morir. Y, finalmente, he conocido también a Evelyn, tanto que hemos pasado la noche juntos.

Charlotte saltó en su asiento.

—¡Archie!

—No se escandalice. Ella lo estaba buscando y en esta ocasión, yo me dejé seducir, porque, aparte de que es bastante guapa, quería comprobar una cosa.

—¿De qué se trata?

Long le explicó el secuestro. Cuando terminó, sacó el revólver arrebatado al exboxeador y se lo enseñó.

—Está cargado con balas de fogeo —añadió—. Ringo sólo quería amedrentarme. O tal vez quiso desempeñar la comedia de dejarse vencer por mí. Me entraron sospechas cuando Evelyn dijo que estábamos tan cerca de su casa de campo, ¿comprendes?

—Sí, aunque nunca imaginé que una chica tan dulce se comportarse como una... una...

—Evelyn está completamente de acuerdo con sus hermanos y no le importó lo que hacía un solo instante —declaró Long crudamente—. Durante la noche, intentó sonsacarme con sus arrumacos, pero no consiguió nada. Luego, a la madrugada, me desperté y examiné el revólver. Entonces confirmé mis sospechas:

—Archie, ¿sabe que me ha decepcionado?

—¿Por qué? —se extrañó él.

—Está hablándome de su aventura con Evelyn como si fuese la cosa más natural del mundo...

—Oh, vamos, vamos, no tiene por qué irritarse ni sentir enojo. No hay nada entre usted y yo. Pienso que es usted una chica decente, pero si tuviese una aventura con otro, no se me ocurriría hacerle el menor reproche. Además, también me interesaba dejarme seducir.

—No entiendo.

—Si Evelyn quería sonsacarme, a mí también me convenía lo mismo. Pero ninguno de los dos conseguimos lo que queríamos.

Charlotte sonrió.

—De modo que ella también mantuvo cerrado el pico —exclamó.

—Como si lo hubiese metido en una artesa llena de cemento fresco. Sin embargo, lo que no he dicho a nadie, ni siquiera a la Policía, se lo diré a usted.

—¿Qué es, Archie?

—Le repetiré lo que me dijo Digby, cuando ya se moría a chorros, *Coal Station*. ¿Le suena el nombre?

Charlotte entornó los ojos y apretó los labios. Estuvo así unos instantes y luego movió la cabeza negativamente.

—No —dijo al cabo—. Lo siento, pero es la primera vez que oigo algo semejante. Jamás he oído mencionar nada acerca de una estación de carbón, que es lo que significa ese nombre.

—Estación de carbón o carbonera... —Long torció el gesto—. Algún significado tendrá, cuando Digby me lo dijo a punto de morir. Ahora, por favor, una última pregunta, Charlotte.

—Sí, Archie. ¿De qué se trata?

—¿Cómo se llama su chófer?

La joven no pudo contestar. Alguien tocó en la puerta, que se abrió instantes más tarde. La doncella asomó por el hueco.

—Señorita, el señor Barrow desea verla —anunció.

—Está bien, dígame que pase y traiga más café. —Charlotte se volvió hacia Long—: Phineas Barrow es el abogado que lleva los asuntos de la herencia —explicó.

Barrow entró en el saloncito con paso firme, pero detuvo al ver a Charlotte en compañía de un joven. Ella sonrió.

—Entre —invitó—. Señor Barrow, le presento al señor Long, un buen amigo mío. Archie, éste es mi abogado.

Los dos hombres se saludaron cortésmente. Long se puso en pie.

—Les dejaré solos...

—No, Archie, no se vaya —rogó la joven—. Señor Barrow, el señor Long es persona de toda mi confianza y puede escuchar lo que tiene que decirme. Hable sin temor, se lo ruego.

—Está bien. —El abogado puso su portafolios sobre una silla, lo abrió y sacó unos papeles—. Tiene que firmarlos —indicó—. Devuélvamelos lo antes posible, por favor.

La doncella entró, con una cafetera llena y otra taza. Charlotte la llenó y se la entregó al leguleyo.

Long lo estudió furtivamente. Barrow era un cincuentón alto, bien vestido, con poco pelo ya en la cabeza y una pronunciada

«curva de la felicidad», que un lujoso chaleco apenas si podía disimular. Vio en sus manos un par de costosos anillos y observó asimismo la excelente calidad de su traje y calzado. «Le gusta la buena vida», pensó de inmediato.

Charlotte dejó los documentos a un lado.

—Los estudiaré y se los enviaré mañana —propuso.

—Pero, señorita... Los necesito de inmediato —protestó Barrow.

—Vamos, un día de retraso no hará mal a nadie —sonrió ella—. ¿No quiere más café?

—No, muchas gracias. Está bien, pero no deje de enviarme mañana esos documentos.

—De acuerdo. Ah, una cosa, Señor Barrow, ¿cómo va el inventario de bienes?

—Todavía no hemos concluido. Hay muchas cosas que registrar y... Bien, usted sabe que soy muy detallista. No quiero entregarle un inventario incompleto.

—Pero ha pasado ya mucho tiempo —alegó ella.

—Lo sé. Sin embargo, no creo que le corra demasiada prisa. La herencia es suya y puede disponer libremente de los fondos del Banco.

—De todos modos, quiero saber exactamente lo que es mío. No tengo ganas de posteriores reclamaciones, que sólo representarían pérdida de tiempo y de dinero.

—Aceleraré los trabajos —prometió Barrow.

Recogió el portafolios, hizo una inclinación de cabeza y salió de la estancia.

Long cogió los documentos y los examinó rápidamente.

—¿Puedo darle un consejo, Charlotte?

—Claro, Archie.

—Vaya a otro abogado.

—¿Por qué? Barrow fue siempre el abogado de tía Millie...

—Es un asunto de millones. En casos como éste, siempre resulta interesante conocer el punto de vista de alguien ajeno al caso.

—No es mala idea —dijo ella pensativamente.

—Hágalo —insistió Long—. Y ahora, ¿por qué no contesta a la pregunta que le formulé antes?

—¿Qué pregunta? —dijo ella, completamente desorientada.

—El nombre de su chófer —suspiró Long resignadamente.

—Ah, es cierto... Lo había olvidado...

Charlotte fue hacia la pared y tiró de un cordón. La doncella apareció a los pocos instantes.

—Fanny, haga el favor de decir a James que quiero verle.

—Sí, señorita.

Fanny se marchó. A los pocos momentos sonaron unos nudillos en la puerta.

—Pase —dijo Charlotte.

El chófer entró.

—¿Señorita?

Ella movió la cabeza.

—James, creo que el señor Long quiere decirle algo —manifestó —. Archie, el apellido es Upton.

El chófer se estremeció. Long estaba detrás de él y junto a la puerta, por lo que no le había visto todavía. Pero no se movió y continuó en la misma posición.

—¿Qué desea de mí, señor Long? —preguntó.

—Algo muy sencillo. La noche en que la señorita le ordenó ir al Chester's, usted volvió horas más tarde y preguntó mi dirección al dueño del restaurante, alegando que la señorita había perdido esa nota. ¿Quién le ordenó hacer una cosa semejante? —dijo el joven tranquilamente.

Upton permaneció en silencio unos instantes. De súbito, giró en redondo.

Antes de que Long adivinara sus intenciones, el chófer disparó su pie derecho. Era un golpe venenoso y Long estuvo a punto de recibirlo en plena entrepierna. Sólo su velocidad de reflejos evitó un impacto demoledor, aunque, a pesar de todo, no pudo evitar que el zapato se le clavara en el bajo vientre.

Un doloroso gemido brotó de sus labios. Upton aprovechó la ocasión y escapó como alma que lleva el diablo, mientras Long se desplomaba al suelo, casi sin sentido, crispadas las manos sobre el lugar afectado.

Charlotte lanzó un grito y se arrodilló junto al joven, que se retorció de dolor en el suelo.

—Archie... ¿Puedo ayudarle? ¿Quiere que llame a un médico?

Long consiguió mover la cabeza.

—No... Se me pasará pronto... Dios, qué bestia... No fui capaz

de prever su reacción...

Apretó los labios y consiguió sentarse. Charlotte, a su lado, le puso una mano en el hombro, a la vez que le miraba afligidamente.

—Lo siento, Archie, yo tampoco me imaginé que James podría hacer una cosa así. Pero ¿por qué?

—Está... claro —jadeó Long, que se daba masajes en el bajo vientre—. James era el espía que alguien puso en su casa, naturalmente... gastándose el dinero. Ahora, al verse descubierto, ha pensado que lo mejor era salir de estampida... ¿puede darme un poco de café? Añádale unas gotas de coñac, por favor.

—Sí, claro, ahora mismo.

Momentos más tarde, Long pudo ponerse en pie. Meneó la cabeza.

—No quería tomar parte en este asunto, pero se ve que hay alguien empeñado en complicarme la vida —rezongó.

—Archie, yo lo lamento infinito. En cierto modo, la culpa no es mía, puesto que acepté su negativa —dijo Charlotte—. Pero no he podido evitar ciertas cosas...

—Lo sé, lo sé —contestó él—. En fin, no sigamos por este camino. Charlotte, ahora lo único que tiene que hacer, aparte de llevar los documentos a un buen abogado, es averiguar qué significa *Coal Station*. Yo investigaré por otra parte.

Charlotte sonrió deliciosamente.

—Entonces, se deja llevar... por la corriente.

Long suspiró.

—¿Tengo otra salida? Pero, de todas formas, procuraré no descuidar mi trabajo. —Se encaminó hacia la puerta—. La llamaré más tarde, Charlotte —se despidió.

Sentíase cansado y en parte falto de sueño, debido a la noche tan movida que había pasado, sumamente agradable en muchos momentos. Volvería a su casa, se daría un buen baño y luego vería lo que debía hacer y por dónde empezar. Era asunto que le había interesado sobremanera y quería conocer su desenlace.

—Al fin lo ha conseguido —dijo, de no muy buen humor, pensando en Charlotte.

Una aventura fascinante la de Charlotte, se dijo. Parecía un cuento de hadas. De mendiga a millonaria.

Pero alguien quería que volviese a las calles, a mendigar de

nuevo. ¿Quién?

El por qué se adivinaba fácilmente, si se pensaba en la colosal fortuna de tía Millie, resumió así sus poco satisfactorias reflexiones.

CAPÍTULO VI

Llamó a la puerta y esperó unos momentos. No tardó mucho en oír ruido de tacones al otro lado.

Alguien lanzó una exclamación de sorpresa al verle a través de la mirilla. Luego, la puerta se abrió.

—¿Qué quieres? —preguntó Pamela Lawrence.

Long sonrió.

—¿No me invitas a entrar?

Ella se apartó a un lado.

—Parece que has cambiado de modo de pensar —dijo.

—Sólo en parte.

Pamela fue a una consola y destapó una botella. Estaba vestida con una bata corta, de baño. Long se dio cuenta de que no llevaba más ropa debajo de la felpa.

—Está bien, empieza —dijo ella, a la vez que le tendía un vaso.

—No, gracias, no tengo ganas ahora —contestó Long, a la vez que apartaba la mano de la mujer con suave ademán—. Ahora ya sé por qué querías contratarme —añadió.

—Charlotte debería haber repartido su fortuna con nosotros —contestó ella.

—Parece ser que tía Millie no simpatizaba demasiado con los Cattin.

—Tuvimos la desgracia de nacer de un matrimonio que nunca le agradó. ¿Qué diablos le importaba a ella con quién pudiera casarse su hermano? No era dueña de su vida, me parece.

—Es posible que tengas razón, pero el parentesco no es lo suficiente próximo como para intentar reclamaciones judiciales. Además, creo os dejó algún dinero.

Pamela rió amargamente.

—Sí, la centésima parte de todo lo que poseía, más o menos —contestó—. Las migas que quedan en el mantel, después del

banquete, ¿comprendes?

—Pamela, estoy de acuerdo contigo, salvo en una cosa. Tienes razón para quejarte, incluso para pedir una mayor participación en la herencia. Pero no puedes conseguirlo por ciertos procedimientos, que no tienen nada de honestos.

Ella le miró con curiosidad.

—¿A qué te refieres, Archie?

—Demasiado lo sabes. ¿Por qué tuvo que fingir Ringo un secuestro, ayudado por Evelyn?

—Oh... Bueno, no iba a hacerte daño, como puedes imaginarte. Sólo quería... sonsacarte.

—No entiendo. ¿Qué tengo que decirle yo? No sé nada de este dichoso asunto de la herencia. Incluso sé menos que nadie. Charlotte quiso contratarme, pero no pude aceptar su petición. Tengo otro trabajo y lo estimo mucho más interesante.

—Pero ahora has venido a ver qué puedo decirte yo.

—Es cierto —admitió él—. Al fin, entre los unos y los otros, habéis conseguido excitar mi curiosidad. ¿Qué diablos sucede, Pamela?

—¿Qué te dijo Digby? —preguntó ella a su vez.

—Nada. Murió en mis brazos. —Long mentía a medias, pero no sentía remordimientos—. Fue una cuchillada certera —agregó.

—Una cosa es cierta, me creas o no. Ni yo, ni ninguno de mis hermanos, tuvimos nada que ver con esa muerte, Archie.

—Puede que sea cierto, en todo caso, ¿por qué lo asesinaron?

Pamela apretó los labios. Long sonrió.

—El asunto está en un documento que nadie sabe dónde se encuentra y que puede poner en aprietos a Charlotte, ¿no es así? ¿O tal vez es la confirmación absoluta de que es la heredera universal de tía Millie?

—No tengo, nada más que decir sobre el particular —declaró ella.

—Me gustaría creerte...

—Allá tú. Hemos terminado, Archie.

La puerta se abrió en aquel momento bruscamente. Un hombre alto, fornido, elegante, entró y se detuvo a dos pasos, contemplando a Long con aire de sorpresa.

—¿Otro de tus amigos, Pamela? —preguntó cáusticamente.

—No, John —contradijo ella—. Es Archie Long, el detective del que te he hablado en otras ocasiones. Archie, te presento al hermano mayor, John Cattin.

—De modo que éste es...

—Sí, soy yo —atajó el joven rápidamente, sin dejar que Cattin terminase de hablar—. Puede decir o pensar de mí lo que quiera; estamos en un país libre. Pero las cosas sólo tienen un aspecto, por mucho que piensen lo contrario.

—Habla usted como un libro... cerrado —dijo Cattin burlonamente—. Es decir, no se le entiende nada.

—Yo sí me entiendo y es suficiente. Pero si no me comprenden, hablen con Ringo y Evelyn: Quizá ellos les expliquen algunas cosas que ahora les parecen oscuras.

En aquel instante, llamaron a la puerta. Pamela atravesó entre los dos hombres para abrir.

Un individuo de uniforme apareció en el umbral.

—¿Señora Lawrence?

—Sí, soy yo —contestó ella.

—Le traigo un paquete. Por favor, firme aquí.

Pamela firmó en el libro y tomó el paquete, que tenía el aspecto de un libro muy bien envuelto.

—¿Quién envía esto? —preguntó al mandadero.

—Su hermana, creo —respondió el individuo.

—Gracias. Puede marcharse.

El mandadero refunfuñó al ver que no le daban propina. Long aprovechó la ocasión.

—Yo también me voy —anunció.

Se acercó a la puerta y puso la mano en el pomo. Desde allí, se volvió hacia los dos hermanos.

—Si creen tener derecho a la herencia, ¿por qué no intentan un arreglo con Charlotte? —sugirió—. ¿O son de la clase de personas que siguen la máxima de «todo o nada»?

—Adiós —dijo Cattin fríamente.

Long sonrió y cerró con suavidad. Dio un par de pasos, se detuvo, avanzó otro paso y, de pronto, chasqueó los dedos.

—Maldita sea, olvidé preguntarles por Barrow...

Giró sobre sus talones y, en el mismo instante, la puerta voló por los aires, impulsada por un tremendo huracán de viento ardiente y

humo apestoso. La onda explosiva alcanzó al joven y lo lanzó de espaldas al suelo.

Long tardó unos segundos en darse cuenta de que no había oído el estampido, sin duda debido a la misma potencia de la explosión.

Aturdido, notando cierto escozor en un lado de la cara, miró hacia la puerta del apartamento, de la que se desprendían todavía algunos cascotes. La nube de humo era todavía muy espesa y no permitía ver lo que había al otro lado, pero Long se lo figuró en el acto.

Torpemente, se levantó, apoyándose en la pared con una mano. No quería entrar en el apartamento; no sentía el menor deseo de contemplar unos cuerpos que seguramente habían sido despedazados por la bomba. Estaba mareado y le temblaban las piernas. Se había salvado por muy pocos segundos, pensó, sin acabar de creer aún en su buena suerte.

En las puertas de los apartamentos vecinos empezaron a oírse gritos. Un hombre corrió hacia él y movió los labios rápidamente. Long le miró sorprendido.

El hombre continuaba abriendo y cerrando la boca. Al fin, Long comprendió lo que le sucedía.

—No le oigo —gritó—. ¡Estoy sordo!

Long aceptó la taza de café que le tendía Charlotte y tomó un par de sorbos. Luego se golpeó la oreja derecha con la palma de la mano.

En la izquierda, llevaba un audífono. Charlotte le miraba con gran interés.

—El médico me ha recomendado lo lleve unos cuantos días —dijo él—. Es una sordera solamente temporal; estaré bien dentro de una semana.

—No sabe cuánto me alegro —declaró Charlotte—. La bomba debió de hacer un ruido espantoso.

—A veces dudo de haber oído la explosión, pero fue debido a la misma potencia del estampido. Si me hubiese quedado allí diez segundos más, ahora no podría estar hablando con usted.

—Me siento muy aliviada de que no le haya sucedido nada. También, como es lógico, lamento muchísimo lo que les ha sucedido a mis dos primos. El hecho de que me disputasen la herencia, no tiene que ver nada con mis sentimientos.

—Sí, ya me lo imagino.

—Archie, ¿quién lo hizo? —preguntó ella.

Long hizo un gesto con ambas manos.

—El mandadero dijo que era su hermana, la que enviaba el paquete. Eso fue lo que yo pude escuchar. Pero no creo que fuese verdad.

—¿Evelyn? Me parece imposible, Archie.

—Yo también lo creo así. Sobre todo, si se tiene en cuenta que el caso no ha sido aún solucionado y menos aun favorablemente a ellos. El asunto podría ser distinto si hubiese ya una sentencia judicial y hubieran resultado beneficiados de alguna manera.

—A menos que estén muy seguros de conseguir esa sentencia favorable —dijo Charlotte.

—Pero si todavía no han iniciado una demanda en regla...

—Es cierto —admitió la joven. Frunció el entrecejo—. No lo comprendo, Archie. ¿Quién pudo haberlo hecho?

—Eso es cuestión de la policía —respondió Long—. Nosotros tenemos que hacer algo más importante.

Charlotte sonrió:

—¿Ha dicho «nosotros»?

Long hizo una mueca.

—Ya no puedo eludir mi participación —rezongó.

—De todos modos, convendría saber quién llevó la bomba a casa de Pamela.

—¿Por qué?

—Es un asesinato relacionado con la herencia.

—Sí, tiene razón —murmuró él—. Escuche, ¿por qué no nos dividimos el trabajo?

—¿Qué quiere decir, Archie?

—Yo hablaré con un antiguo conocido de la agencia para la que trabajé una temporada. Lleva casi treinta años en el oficio y conoce a una enorme cantidad de gente.

—No es mala idea. ¿Qué más?

—Usted debería visitar a Evelyn, con la excusa de darle el pésame y prometerle su asistencia a los funerales. Trate de sonsacarla. Es tarea propia de una mujer.

Charlotte volvió a sonreír.

—Usted lo intentó, pero no consiguió nada —le recordó.

—Evelyn tiene ahora bajadas sus defensas. Debemos aprovechar la ocasión —adujo Long.

—De acuerdo. ¿Cuándo volveremos a vernos?

—El funeral es mañana, a las tres. Invíteme a cenar, ¿quiere?

—De acuerdo, Archie.

Long volvió a frotarse la oreja derecha, mientras se ponía en pie. De pronto, Charlotte lanzó una exclamación:

—Archie, olvidaba una cosa.

—¿Sí?

—¿Necesita dinero? Puede que tenga que hacer algunos gastos... No quiero que gaste dinero suyo.

—Bueno, de momento no tengo que sobornar a nadie —sonrió él.

Echó a andar y, cuando ya salía, se volvió hacia la joven.

—¿Hizo examinar esos documentos por otro abogado? —inquirió.

—No, aún no he tenido tiempo.

—Hágalo. En un asunto de tanto dinero, no conviene fiarse de una persona solamente.

—Barrow fue el abogado de tía Millie durante muchos años.

—A pesar de todo, consulte a otro abogado.

—Lo haré, Archie. Y gracias por todo.

Long agitó la mano levemente y salió.

—De modo que ése es el problema —dijo Bert Cadogan, después de haber vaciado un par de vasos de buen *whisky*.

—En efecto, ése es el problema —contestó Long—. Bueno, ¿qué me contestas?

Cadogan se rascó la mejilla con el pulgar. Era un hombre de más de cincuenta años, con treinta como detective privado y una enorme experiencia, además de conocer a infinidad de personas de todas las clases y ambos sexos. Tenía un aspecto vulgar, pero Long, que había trabajado con él en ocasiones, sabía que era astuto y hábil como pocos.

En la policía habría hecho carrera, se lo había dicho más de una vez, pero Cadogan no quería sujetarse a una disciplina y unas reglas que estimaba demasiado rígidas. En más de una ocasión, había solucionado el caso por su cuenta. Long sabía que, por lo menos dos veces, otros tantos criminales habían sido despachados de este

mundo sin necesidad de trámites legales. Cadogan decía que probablemente ya habrían salido de la cárcel. «Eran ratas que no merecían vivir», le dijo una noche, en vena de confidencias, debido a media botella de *whisky* situada ya entre pecho y espalda.

Un tanto amargado, algo cínico y bastante escéptico, pero inteligente y astuto como pocos, Cadogan tenía la virtud de anticiparse muchas veces a los movimientos del criminal. Pero era insobornablemente honesto y Long lo sabía.

—Te diré una cosa —habló Cadogan, después de unos momentos de reflexión—. Para empezar, esto va a costar un poco de dinero. Puede que tenga que «untar» a unos cuantos de mis confidentes. No resultará barato.

—¿Cuántos necesitas para abrir boca?

—Dos mil.

—Haré que te envíen un cheque a casa. En estos momentos, yo no tengo encima más que unos cincuenta «pavos».

Cadogan hizo un gesto de indiferencia.

—Envía el cheque, será suficiente —contestó.

—Bien, Bert, pero todavía no me has dicho cuál es tu opinión sobre el asunto.

—Conozco un poco el caso, de oídas, naturalmente. Sin embargo, puedo decirte una cosa: están mezcladas gentes mucho más importantes que los Cattin.

—¿De veras?

—Hay millones en juego, Archie.

—Sí, me lo imagino. ¿Tienes alguna idea de quiénes puedan ser esos personajes importantes?

—Por ahora, no, pero lo averiguaré. Puedes irte tranquilo; sacaremos a tu cliente de apuros.

De pronto, Cadogan se echó a reír.

—Apostaría algo a que todavía sueñas con la cabeza de Thaite —añadió.

—No me lo recuerdes —se estremeció el joven—. Pero ¿por qué tuvieron que matarle, en lugar de arrebatarle el dinero?

—Robby Evans y Dace Kelowski no se distinguen precisamente por su claridad de ideas. Aunque son unos tipos muy peligrosos, eso sí es preciso tenérselo en cuenta. Dace manejó el machete en lugar del lazo.

—Comprendo. Sin embargo, abandonaron el maletín con el dinero...

—Había alguien apostado en las inmediaciones, pero no llegó a tiempo. Tú fuiste más rápido.

—¿Ettison?

—El mismo.

—Eso lo aclara todo. —Long se puso en pie—. Se te enviará el cheque rápidamente, pero no dejes de llamarme apenas tengas noticias. Ah, y no olvides tampoco *Coal Station*.

—Vete tranquilo, Archie —contestó Cadogan.

Long salió a la calle, notablemente esperanzado. Cadogan, pensó, le ahorraría muchas molestias y podría concentrarse en su trabajo, que tenía un tanto descuidado.

CAPÍTULO VII

Inesperadamente, sonó el timbre de llamada, arrancándole de la labor en que se había sumido totalmente concentrado. De forma maquinal, miró el reloj y, asombrado, comprobó, que eran casi las nueve de la noche.

Se levantó y al abrir vio a Charlotte en el umbral.

—Pase —dijo, apartándose a un lado—. Confieso que es usted la última persona a quien esperaba ver en estos momentos.

Ella sonrió.

—¿Acaso esperaba a otra?

—A un amigo. Pero no importa. ¿Quiere que le prepare algo de café?

Charlotte arrugó el entrecejo.

—Oiga, tiene usted muy mal aspecto. ¿Qué le pasa? ¿Se encuentra enfermo?

Long se miró al espejo que había en el vestíbulo. Tenía los ojos enrojecidos y sus mejillas estaban cubiertas por una capa azul oscuro.

—He estado demasiado concentrado en mi labor —respondió—. Ni siquiera tuve tiempo de afeitarme...

—Y, por lo que veo, tampoco ha cenado todavía —observó ella, al ver la mesa vacía.

—Ahora iba a prepararme unos bocadillos...

—Archie, no sé cuál es ese trabajo tan importante, ni me importa en absoluto, pero no puedo consentir que se agote y pueda llegar a caer enfermo. Si me lo permite, yo misma le prepararé una buena cena. Es decir, si tiene provisiones en el frigorífico.

Long hizo un gesto de asentimiento.

—Lo llené hace un par de días —contestó—. Venga a la cocina, por favor.

—Muy bien. Yo ya he cenado, pero tomaré café con usted.

Puede prepararse un aperitivo, mientras le hago la cena.

—De acuerdo.

Long se puso una buena ración de *whisky* y luego contempló los rápidos y eficientes movimientos de la joven.

Era muy hermosa, pensó, mientras tomaba pequeños sorbos del vaso. El dinero no había afectado a su talante sencillo y sin pretensiones, apreció, con no poca satisfacción.

Veinte minutos más tarde, Long se sentaba ante una mesa provista abundantemente. Entonces descubrió que estaba poco menos que muerto de hambre. Al terminar, se retrepó en la silla y se aflojó el cinturón.

—Me gustaría ser inmensamente rico y que usted fuese pobre; así la contrataría como cocinera —dijo.

Ella le miró sonriente.

—Celebro que haya podido apreciar mis habilidades culinarias —contestó—. Pero aún habría resultado más satisfecho, de haber podido contar con tiempo suficiente.

—No lo lamente; ya ha hecho bastante. Y ahora, me parece, supongo que debo decirle algo, ¿no es así?

Charlotte dejó la taza a un lado, apoyó los codos en la mesa y entrelazó los dedos.

—Hace tres días que no tengo noticias tuyas —manifestó—. Ni siquiera me ha llamado por teléfono. Comprenderá mi curiosidad, Archie.

—Lo siento. Es que yo tampoco sé nada.

—¿Cómo?

—Le dije que enviara un cheque a Cadogan.

—Se lo envié.

—Bueno, ahora es Cadogan quién se ocupa de las investigaciones. Él sí tiene experiencia y conoce a cantidad de gente. Aún no me ha dicho nada.

—Comprendo. Es preciso aguardar a que le llame.

—Exacto.

—Bien, seremos pacientes. En cambio, yo sí puedo contarle algo. Long sacó cigarrillos, encendió dos y pasó uno a la joven.

—Empiece —invitó.

—Como le dije, fui a visitar a Evelyn, para darle el pésame. La vi muy afectada, cosa lógica. Pero pude conseguir que me diera

algunas respuestas.

—¿Interesantes?

—Según se mire. Evelyn admitió haber tomado parte en el secuestro simulado. Si usted no cedía al miedo, como así sucedió, ella se encargaría de sonsacarle. Naturalmente, Ringo se dejó vencer. —Charlotte meneó la cabeza—. Si la pelea hubiera ido en serio, usted lo habría pasado bastante mal —añadió.

Long sonrió sibilinamente.

—Yo tampoco soy manco —repuso—. ¿Qué más?

—Evelyn admite que no han jugado limpio, pero tampoco han llegado a extremos reprobables. Creo que es sincera. Archie.

—Está bien, Charlotte; admitamos su sinceridad. Pero es preciso recordar al hermano hampón. Ringo, me parece, no es de fiar.

—Evelyn me ha dicho que tampoco Ringo hizo nada malo, aparte del fingido secuestro.

—¿Ha hablado con él?

—No. Viven separados, cada uno en su casa.

—Muy bien, yo iré a Ringo. Mañana, claro. Oiga, no se le habrá ocurrido mencionar *Coal Station*, ¿verdad?

—Oh, no, en absoluto —contestó ella vivamente.

—Estupendo. Sin embargo, hay una cosa que me intriga sobremanera.

—¿Qué es, Archie?

—Digby, el jardinero, vino a mi casa. ¿Por qué no se lo dijo a usted y sí a mí?

—Ese día yo estaba fuera. Digby, sin embargo, llevaba más de veinte años en la casa. Puede que recordase súbitamente el detalle y, en vista de mi ausencia, fue a decírselo a usted.

—Sí, pudo ocurrir así —admitió el joven—. Bueno, los Cattin supervivientes deben ser descartados. Pero, entonces, ¿quién está detrás del caso?

Charlotte emitió una sonrisa de circunstancias.

—Si lo supiéramos, habríamos dejado de preocuparnos, ¿no le parece?

—Quizá nuestras preocupaciones fuesen aún mayores —contestó él—. De todos modos, no queda otro remedio que aguardar los informes de Cadogan.

—Esperaremos —sonrió ella—. Bueno, es hora de fregar la

vajilla...

—No, déjelo; la meteré yo en el lavaplatos. ¿Se marcha ya?

—Creo que es hora, Archie.

—Muy bien. Si me permite, iré a vestirme, aunque no me afeite, y así la acompañaré hasta su casa.

—Le espero —accedió Charlotte.

Momentos después salían de la casa. Hacía una noche agradable, no demasiado cálida, y las estrellas brillaban en un cielo sin una sola nube. Charlotte se acercó a un coche blanco, descapotable, de dos plazas, situado junto a la acera.

—Archie, ¿tiene algo que hacer el próximo fin de semana?

—Trabajar —contestó él.

—¿Es que no se puede tomar un descanso de sólo dos días?

—Mujer, si hiciera un esfuerzo...

—Hágalo. Le invito a pasar el próximo fin de semana en mi cabaña. Es un sitio maravilloso, ya lo verá. Si le gusta la pesca, podrá pescar; y si prefiere tumbarse a la sombra, sobre la hierba, también podrá hacerlo. Libertad absoluta, ¿comprende?

Long sonrió anchamente, a la vez que abría la portezuela del automóvil.

—Es un panorama sumamente tentador —dijo—. Iré, Charlotte.

—Amigo, temo que no irá a pasar este fin de semana con la encantadora joven que tiene al lado, ni con ninguna otra —sonó de pronto una voz amenazadora.

Long se volvió, enormemente sorprendido, lo mismo que Charlotte. Entonces vieron a un sujeto que empuñaba un revólver de cañón corto.

El joven se irritó.

—¿Quién diablos es usted? —barbotó—. ¿Qué quiere?

—¿No lo adivina? —sonrió el otro.

Long se puso rígido.

—Usted es...

—Sí, el mismo.

En un instante, Long comprendió las intenciones del sujeto. Acababa de reconocerlo y se dio cuenta de la gravísima situación en que se encontraba. Pero antes de que pudiera hacer nada, ocurrió algo sorprendente.

La cabeza del pistolero se agitó con terrible violencia. Atónito,

Long vio el agujerito que se había abierto repentinamente en la sien izquierda y, simultáneamente, el horrendo orificio que explotaba en la sien opuesta, despidiendo una violenta erupción de sangre y huesos.

El pistolero se mantuvo en pie durante un interminable segundo. Long se agachó, temiendo un movimiento reflejo del dedo aún curvado sobre el gatillo. Pero el hombre se desmoronó, como si fuese de aire y de repente hubiesen pinchado su envoltura. Cayó lentamente de costado y no se movió más.

Charlotte era un puro temblor. Long reaccionó velozmente.

—Vamos —dijo, a la vez que la empujaba hacia el coche. Se sentó tras el volante—. Conduciré yo —añadió, haciendo girar la llave de contacto.

Ella tenía la cara oculta por las manos.

—Horrible, ha sido verdaderamente horrible... ¿quién era ese individuo, Archie?

—El que llevó la bomba que mató a John y Pamela.

—¿Seguro?

—Sí. Lo reconocí enseguida. Pude verle unos momentos cuando entregó el paquete. Seguramente, pensó después que podía identificarle y decidió eliminarme.

—Archie... No sé qué decirle; yo le he metido en todos estos jaleos...

—Está equivocada. La cosa empezó cuando usted me pidió una limosna. Si yo la hubiese enviado al diablo, no estaríamos juntos ahora.

—Pero no lo hizo y yo le he complicado la vida...

—¿Quiere callarse? Ese hombre, quienquiera que fuese, iba a matarme. Posiblemente, también la habría asesinado a usted, para que no hablase. Si ya había matado a dos personas, ¿qué le importaban dos muertes más?

—Pero ¿quién podía ser?

—Lo ignoro; nunca le había visto hasta que entregó la bomba a Pamela. Y tampoco me explico quién ha sido el que le ha volado la cabeza. Muy oportunamente por cierto —dijo Long.

Charlotte calló y ya no dijo nada, hasta hallarse en su casa. Entonces ofreció una copa a su acompañante.

—Nos sentará bien —dijo.

—Sí, desde luego.

El teléfono sonó en aquel momento. Charlotte lo miró aprensivamente. Long dejó la copa a un lado, avanzó unos pasos y levantó el aparato.

—Residencia de la señora Brucker —dijo.

—Sabía que te encontraría ahí, Archie...

—¡Cadogan! —exclamó el joven—. Pero ¿cómo demonios?

—Te he salvado de una buena, ¿eh? —rió el detective—. Iba a verte a tu casa y me encontré con el espectáculo. Bueno, no se ha perdido nada; al fin, Jerry Scramer se encuentra donde le esperaban hacía muchísimo tiempo: ¡En el infierno!

—De modo que has sido tú, Bert.

—Con infinito placer, créeme. Scramer era un asesino profesional, un mal bicho, te lo asegura un experto.

—Bert, no escuché tu disparo.

—Uso silenciador. Y tengo una puntería excelente. Escúchame, Archie; cuando vuelva a tu casa, encontrarás a la policía. Diles que estabas con la chica y que no sabes nada de lo que ha pasado. Ella puede confirmar la coartada, ¿entiendes?

—Sí, pero alguno ha podido vernos...

—Es tarde y en ese barrio todo el mundo está ya en la cama. Haz lo que te digo y te evitarás muchos líos.

—Muy bien, Bert, pero tendrías que decirme algo. ¿A qué venías a verme en mi casa?

—Tenía que decirte algo, pero prefiero, aguardar a mañana. Habré conseguido más datos. Ven por la noche. Archie.

—¿No puedes anticiparme algo, Bert?

—En realidad, no es muy importante. Todo depende de los informes que espero recibir durante el día de mañana.

—De acuerdo... —Long vio que Charlotte le hacía señales con la mano y exclamó—: por favor, aguarda un momento. —Tapó el micrófono con la mano y miró a la joven—. ¿Quiere decirme algo?

—¿Quién es, Archie?

—Cadogan, el detective. Quiere que vaya a verle mañana por la mañana.

—Pregúntele si puedo acompañarle —dijo ella.

—Está bien. —Long dejó libre el micrófono—. Bert, ella quiere acompañarme.

—No hay objeción. Buenas noches.

—Gracias por tu intervención, Bert.

—Ha sido un placer —rió el detective.

Long dejó el teléfono sobre la horquilla.

—Si hemos de creer a Cadogan, y no hay motivos para dudar de su palabra, el mundo se ha librado de un sujeto absolutamente indeseable —dijo.

Charlotte se estremeció, porque aun recordaba el horrible espectáculo de la cabeza deshecha de Scramer.

—Espero que eso concluya con todos los inconvenientes que hemos encontrado hasta el momento —dijo.

—Yo también lo deseo así —respondió el joven.

CAPÍTULO VIII

Chester limpió un poco el mostrador y luego puso un vaso delante del cliente.

—Parece que en los últimos tiempos se te ha complicado; un poco la existencia —comentó.

—No lo dudes —contestó Long—. Pero la culpa no es mía. ¿O sí la tengo?

—¿Por qué habrías de tener la culpa?

—Hombre, imagínate que aquella noche le niego la limosna a Charlotte. Ella no habría vuelto a acordarse de mí y ahora yo viviría y trabajaría pacíficamente...

Una sonrisa maliciosa distendió los labios de Billings.

—¿De veras lo lamentas?

—Bueno, tanto como eso...

—Es una mujer verdaderamente hermosa. No la sueltes, Archie.

—Chester, estás diciendo tonterías —protestó el joven.

—Y, además, con dinero. En tu lugar, yo me dedicaría a conquistarla y luego me daría la gran vida, créeme.

—Eso no es mi plan favorito. Aunque lo consiguiera, cosa que dudo, porque ni siquiera le he hecho la menor insinuación ni ella tampoco ha dado señales en ese sentido, por nada del mundo abandonaría mis propósitos. Me gusta lo que hago y quiero conseguir rematar la tarea, ¿entiendes?

—Bien, pero todo se puede compaginar...

—Y, además, ella no tiene a plena seguridad de ser la única heredera, puede que un día pierda todo, Chester.

Billings se estremeció.

—¡Diablos, sería horrible!

—Sí. Para ella, claro. Chester, buen amigo, ¿has vuelto a ver, por casualidad, a Ettison y su pareja de gorilas?

—No, hace tiempo que no sé nada de ellos. Pero debes tener

cuidado con el corta cabezas.

—Lo sé. Todavía siento escalofríos al pensar en Thaite... Corría y corría y ya no tenía cabeza...

—Anda, bebe un trago y olvídalo. Tampoco Thaite se merece que pienses más en él. A fin de cuentas, era un ladrón y, si hubiese podido, se habría cargado a Ettison y a los otros dos.

—¿Tú crees?

Billings rió agriamente.

—¿Quién habló alguna vez del honor entre forajidos? Robby, Dace y Thaite hicieron la «faena» en el Banco, pero Thaite se quedó con el botín que tú conseguiste recuperar. Y que luego devolviste, claro.

—El caso es que ellos siguen obstinados en creer que me guardé el dinero. No sé qué diablos les ha hecho pensar una cosa así.

—No te preocupes; eres un tipo honrado y no tienes por qué hacer caso de las calumnias de unos hijos de perra.

Los ojos de Billings chispearon súbitamente.

—Ahí la tienes: bella como una diosa —murmuró.

Long se volvió. Charlotte avanzaba hacia el mostrador, sencillamente vestida, pero rebosante de atractivos. La joven sonrió, a la vez que alargaba la mano hacia Billings.

—Chester, celebó verle —saludó.

—Lo mismo digo yo, señorita, a pesar de las circunstancias. ¿Me permite que la invite?

—Gracias, tendrá que ser otra vez. —Ella se volvió hacia Long —. Archie, creo que es hora.

—Sí, desde luego. Hasta la vista, Chester.

—Suerte a los dos —contestó el dueño del local.

Cuando salían, Long hizo una pregunta a la joven:

—¿Ha venido en su coche?

—No, tomé un taxi. Pensé que era demasiado llamativo...

—Hizo bien. El mío es más discreto, aunque sea nuevo.

Long cruzó la acera, sosteniendo el brazo de la joven. Cuando iba a abrir la portezuela, percibió una extraña sensación.

Giró la cabeza rápidamente. Junto a la puerta del restaurante había un hombre, con un periódico en las manos. El gesto veloz de Long hizo que el sujeto no pudiese levantar el diario para ocultarse el rostro.

—¡Upton! —exclamó Long.

—¡James! —dijo Charlotte.

El exchófer, al verse descubierto, tiró el periódico y salió corriendo a toda velocidad. Long dio un par de pasos, como si iniciase la persecución, pero desistió de su idea en el acto.

—No vale la pena acalorarse —dijo, mientras abría—. Ya le encontraré en otro momento.

Charlotte se acomodó en el asiento. Después de que Long hiciese arrancar el coche, dijo:

—Seguramente nos vigilaba, ¿verdad?

—No le quepa la menor duda. Sin embargo, me parece un pez de poca monta. Creo que le haré hablar, si consigo dar con él.

—Archie, ¿no irá a...?

—Con tipos como Upton, hay dos métodos: la violencia o el dinero. No son leales a nadie, ni siquiera a sí mismos —calificó él despectivamente.

—Si ha de usar el dinero, dígamelo —pidió Charlotte.

—Descuide. A propósito, ¿consultó con otro abogado?

—Sí, aunque no tengo la respuesta aún. Dijo que necesitaba estudiar esos documentos...

—¿Le entregó los originales?

—Hombre, no; ordené unas fotocopias y se las llevé, los originales están guardados en mi caja fuerte.

—Hizo bien —aprobó Long—. ¿Qué hay del inventario de bienes?

—Barrow quedó en enviármelo la semana próxima —contestó ella.

—Charlotte, ¿me permite un consejo?

—Sí, claro.

—Cuando tenga el inventario en su poder, pida una auditoría de cuentas. Haga que lo examine una firma reputada de censores jurados.

—Usted trata de decirme que no debo confiar en Barrow.

—Exacto —confirmó el joven—. Mire, se trata de un asunto de muchísimo dinero. Si tía Millie le hubiese dejado solo unos pocos millares de dólares, no merecería la pena hacer tantas consultas. Pero ahora está en situación de gastarse bien el dinero, para tener la seguridad, no solamente de que la herencia es suya, sino de que no

falta nada de lo que legalmente le pertenece.

Sorprendida, Charlotte se volvió en el asiento para mirar a su acompañante.

—Archie, ese trabajo suyo por el que tanto interés tiene, ¿consiste en estudiar Derecho?

Long sonrió.

—No, en absoluto... Ah, me parece que ya llegamos a casa de Cadogan —exclamó súbitamente.

Divisó un hueco en la hilera de coches y estacionó el suyo. Luego esperó a que Charlotte hubiera salido, para atravesar juntos la acera.

Momentos después, salían del ascensor. Long llamó a la puerta del apartamento de Cadogan, pero no obtuvo respuesta.

—Habrá salido —supuso la muchacha.

—Hablé con él por teléfono hace cosa de una hora y dijo que me aguardaría en casa —respondió Long.

Volvió a llamar, pero Cadogan no dio señales de vida. Impaciente, Long tanteó el pomo y vio que la puerta no estaba cerrada con llave.

Empujó un poco y asomó la cabeza.

—¡Bert! —llamó suavemente.

El silencio en el apartamento era total. Long acabó de pasar al otro lado y se detuvo en el centro del pequeño vestíbulo que había antes del salón. La puerta que daba a éste se hallaba cerrada.

—Quizá no nos ha oído —apuntó Charlotte, señalando la otra puerta.

Pero, de pronto, se puso rígida y su mano se crispó en torno al brazo del joven. Long, por su parte, sintió un escalofrío al ver la mancha roja que había en el suelo, justo bajo el borde inferior de la puerta.

Inspiró con fuerza. De pronto, agarró a Charlotte por los hombros y la hizo girar en redondo.

—No mires —ordenó.

Avanzó un par de pasos y, procurando no pisar la sangre, asió el picaporte y abrió. Cerró casi instantáneamente, apenas un segundo más tarde.

—Dios, qué horrible... —exclamó, sin poder contenerse.

Charlotte se puso las manos en la boca.

—¿Está...?

Long calló un instante. Presentía que le iba a resultar difícil olvidar aquella espeluznante escena, contemplaba durante una brevísima fracción de tiempo.

Cadogan había sido asesinado y ya no le diría nunca lo que había conseguido averiguar. Le habían cortado la cabeza y el asesino había tenido el sádico detalle de ponérsela en, las manos. Estaba sentado en un sillón, con la cabeza en el regazo. El salón parecía un matadero.

—Archie, ¿qué le han hecho? —preguntó ella, muy inquieta.

—Te lo contaré luego. Ahora lo mejor será que nos marchemos. Ya avisaremos a la policía desde otro sitio.

Long agarró el brazo de la joven y la empujó hacia afuera. Momentos después, respiraban el aire de la calle.

—Te llevaré a casa —anunció.

Charlotte aceptó la decisión del joven sin rechistar.

—Las cosas se están poniendo mucho peor de lo que suponíamos —dijo Long más tarde, después de una buena taza de café—. Resulta algo evidente que Cadogan había averiguado algo de gran importancia, pero, por desgracia, ya no podrá repetirlo a nadie.

Charlotte conocía ya la forma en que el brutal sujeto había dado muerte a Cadogan y asintió.

—Archie, perdona que te lo critique, pero quizá debiste haberte dominado y ver si encontrabas algún dato de interés —manifestó.

—No. Conocía un poco al pobre Bert. Había hablado con él en más de una ocasión y siempre decía lo mismo, a la vez que se tocaba la frente con el índice. Todo su archivo estaba dentro de la cabeza; ni siquiera tenía una agenda con anotaciones de teléfonos y domicilios. Poseía una memoria fenomenal, fotográfica, y se sentía muy orgulloso de sus dotes, ¿comprendes?

Ella hizo un gesto de desaliento.

—Entonces, no lo sabremos nunca...

—Hombre, tanto como eso... —respondió él—. Pero nos costará más, puedo vaticinarlo. Aunque quizá haya medios para conseguir saber lo que Cadogan ya no pudo repetirnos.

—¿Qué medios, Archie?

—Es un poco tarde —dijo—. Mañana buscaré un hueco en mi trabajo para entrevistarme con Evelyn. Y también con su hermano.

—¿Crees que ellos...?

—Algo les sacaré, ahora que ya sabemos que simularon el secuestro. Y aunque no sea más que por vengar la muerte de sus otros dos hermanos, creo que me ayudarán.

—Si te parece, yo puedo ir y...

—No —contradijo Long firmemente—. Deja que yo me ocupe.

—Muy bien —accedió Charlotte—. Y si se trata de dinero, avísame.

—Descuida.

Ella forzó una sonrisa.

—Archie, recuerda que hablamos de un fin de semana juntos —dijo.

—Intentaré quedar libre para el viernes —prometió él. De pronto, sonó el teléfono.

Se miraron mutuamente durante unos segundos. El timbre continuaba sonando. Al fin, Long alargó la mano y levantó el aparato.

—Residencia de la señorita Brucker —dijo.

—Ah, es usted. Long —sonó una voz de tonos sarcásticos—. Celebro encontrarle ahí: de este modo, se enterará también y al mismo tiempo de lo que quiero decirle a *miss Brucker*.

—Oiga, ¿quién es usted? —preguntó el joven.

—No se preocupe —contestó el desconocido—. Escúcheme bien: hay un supletorio de ese teléfono...

—¿Se lo ha dicho Upton?

El sujeto pareció sorprenderse.

—Bueno, dejemos esto a un lado —contestó de mal talante—. Dígale a la chica que use el supletorio. Vamos, pronto.

Long miró a Charlotte y le hizo señas de que cogiera el auricular. Ella obedeció de inmediato.

—Ya está —anunció el joven.

—Muy bien. Entonces, oigan atentamente lo que voy a decirles a los dos: dejen de ocuparse de este asunto. Dejen que todo siga su curso normal. O se encontrarán con la cabeza en las manos. ¿Me han entendido?

—Apostaría algo malo a que usted tiene mucho que ver con el asesinato de Cadogan —dijo el joven.

—No admitiré nada. Lo único que quiero es que hagan caso de

mi advertencia. Ya están enterados. Tómenlo en cuenta y vivirán largos años.

—Pero, por todos los diablos, ¿qué es lo que quiere usted? —se exasperó Long.

Sonó una risita burlona.

—Sólo un tonto no sabría verlo y usted no lo es —contestó el desconocido. Y colgó.

Long dejó el teléfono sobre la horquilla.

—¿Has oído? —Se dirigió a la muchacha.

Charlotte estaba muy pálida.

—Sí —contestó—. Pero ¿qué vamos a hacer? —preguntó, retorciéndose las manos angustiosamente.

—Tú, nada; yo me encargaré de todo. Quédate en casa y procura descansar.

—No sé si podré dormir...

—Tienes que intentarlo. Mañana es jueves y me moveré mucho. Vendré a buscarte el viernes por la mañana temprano. ¿Hace?

Charlotte forzó una sonrisa.

—Me gustaría disfrutar del fin de semana —manifestó.

—Haremos todos los posibles para que lo consigas —se despidió él.

CAPÍTULO IX

Evelyn estaba muy pálida o tal vez era que no se había aplicado maquillaje en su rostro, apreció Long al día siguiente. Al verle, ella se sintió incómoda y quiso cerrar la puerta.

—No lo hagas —dijo el joven—. Quiero hablar contigo. Te conviene.

Evelyn cedió y se echó a un lado.

—Está bien, pasa.

Ella dio media vuelta y se encaminó hacia una consola donde había botellas. Llenó un vaso hasta arriba, pero la mano de Long llegó antes y evitó que se mojara los labios siquiera.

—El alcohol no resuelve ningún problema —dijo severamente—. A veces, los retrasa, pero jamás soluciona nada.

Evelyn apretó los labios.

—Estoy muerta de miedo —confesó.

—Porque te has metido en un juego demasiado peligroso y ahora no sabes cómo salirte de él, ¿verdad?

—Sí... —Evelyn se pasó una mano por la frente—. Todo fue idea de Pamela... Yo ya me había resignado a quedarme con lo que me dejó tía Millie...

—No fue mucho, creo.

—Doscientos cincuenta mil, Archie.

Long respingó.

—¿A cada hermano?

—Sí.

—¡Caramba, no es tampoco un grano de anís, Evelyn!

—¡Lo sé, pero Charlotte se ha llevado el trozo más grande del pastel! —exclamó la joven rabiosamente.

—Tía Millie tenía perfecto derecho a dejar sus bienes a quien mejor le pareciese, y tú lo sabes perfectamente.

—Si hubiera hecho una distribución equitativa, nos habrían

correspondido cuatro o cinco millones a cada sobrino. Por eso, queríamos que Charlotte... Bueno, ya conoces nuestros propósitos. ¿Para qué seguir? —dijo ella desalentadamente.

—La verdad, Pamela no era tan lista como parecía. Aunque tampoco te puedes quejar. Ahora, tú y Ringo heredaréis su medio millón...

Evelyn rió nerviosamente.

—Tenían más deudas que pelos en la cabeza. Cobraron su parte de herencia con la mano derecha y la soltaron con la izquierda.

—Eso explica un poco las cosas. Pero ha muerto mucha gente, Evelyn. ¿No puedes darme algunos detalles que me permitan solucionar estos problemas? Estoy autorizado para decirte que Charlotte se mostraría generosa con vosotros.

—No sé nada más. —La joven se sentó desmayadamente en una silla—. No tengo la menor idea de la personalidad del asesino. O de los asesinos. Lo único que puedo decirte es que, en pocos días, mi vida se ha convertido en un infierno.

—Sí, me lo imagino...

De pronto, se abrió la puerta. Ringo entró en el apartamento con paso rápido, pero se detuvo al ver a su hermana en compañía de Long.

—Evelyn... ¿qué diablos hace aquí este hombre?

El joven sonrió.

—Hola, secuestrador —saludó.

Ringo apretó los puños.

—Lárguese —dijo—. O tendré que hacerte una demostración...

—Le aconsejo que no intente tocarme. Puedo repetir lo que hice el día del falso secuestro —contestó Long.

—Me dejé golpear. ¿Quiere que le haga una prueba? —preguntó Ringo belicosamente.

—He venido aquí a dialogar, no a pelearme. Y si me ayudan, se ayudarán también a sí mismos.

—Ringo, creo que debemos hacer caso a Archie —intervino Evelyn—. Si sabes algo, díselo, por amor de Dios.

Cattin frunció el ceño.

—Hay un lío en la herencia —contestó—. Nosotros queríamos aprovecharnos, lo admito. Pero ya no podemos hacer nada.

—¿Qué clase de lío?

—Un documento... aunque no sé lo que dice ni dónde está.

—¿Quién se lo mencionó a ustedes?

—Barrow, el abogado; cuando nos pagó el dinero que había dejado tía Millie. Por supuesto, aseguró que todo estaba momentáneamente en orden y que Charlotte tenía pleno derecho a disfrutar de la herencia, aunque sólo de una forma provisional. Pero era indispensable encontrar ese documento, para finalizar los trámites de una forma absoluta e irrefutable.

Long frunció el ceño.

—Todo esto me parece un poco extraño, pero, en fin, trataré de resolverlo. No hagan nada y procuren protegerse. Si el asunto se soluciona, puedo asegurarles que Charlotte se mostrará generosa con ustedes dos.

Caminó hacia la puerta. Desde allí se volvió.

—Pamela no supo hacerlo —añadió—. Debió haber atacado por otro punto; quizá así habría conseguido mucho más.

—¿Sabes tú acaso por dónde hay que atacar? —preguntó Evelyn.

—Tal vez —sonrió Long, mientras abría la puerta.

—El documento es un certificado de nacimiento de Charlotte —dijo el abogado Barrow—. Por supuesto, todos conocemos a Charlotte y sabemos positivamente quién es, pero convendría disponer de ese documento, para evitar molestias en el futuro.

—Perdone, señor Barrow —dijo—. Yo no entiendo nada de leyes, pero un certificado de nacimiento puede ser expedido en cualquier momento, mediante una solicitud al registro correspondiente. Yo mismo lo he hecho en un par de ocasiones y no he tenido la menor dificultad en ese trámite.

—Lo sé —asintió benignamente el abogado—. ¿Cree que yo no habría solucionado el problema en tal caso? Pero se da la triste coincidencia de que el registro se quemó hace bastantes años y ardieron todos los documentos que había allí archivados. Puede leerlo en el *Los Ángeles Times* de la época; yo mismo le facilitaré la fecha, si es preciso.

—¿Ardió totalmente el registro civil de la ciudad de Los Ángeles? —dijo el joven, incrédulo.

—Oh, no, yo me refiero al de Encinita, que es donde nació Charlotte.

—Comprendo. Pero ¿quién y por qué escondió ese documento?

Y dónde también, naturalmente.

Barrow hizo un gesto con las manos.

—Lo ignoro. Si yo sé algo, es porque la señora Forbes-Drawn me lo dijo pocas semanas antes de su muerte.

—Pero no le indicó dónde estaba el documento.

—Oh, entonces no me preocupó. Confiaba en el registro civil de Encinita y cuando quise obtener un duplicado, me enteré del siniestro ocurrido hace años.

—De todos modos, no comprendo cómo otorgó la herencia a Charlotte —dijo el joven.

—Bueno, Millie había jurado y perjurado que era su sobrina, y lo dijo en presencia de ambos. Por tanto, yo la conocía y, cuando la encontré, no tuve el menor inconveniente en cumplir la última voluntad de la anciana.

—Usted la conoció en casa de tía Millie... y Charlotte, poco después, estaba mendigando y medio muerta de hambre. ¿Cómo se puede comprender semejante despropósito?

Barrow sonrió con suficiencia.

—Charlotte tiene un aspecto muy dulce, pero es de hierro por dentro. Discutió con su tía, se pelearon y la chica se marchó muy enojada, jurando que jamás la volvería a ver y que prefería hacer cualquier cosa, antes de aceptar un solo centavo.

—¿Por qué se pelearon?

—Ah, eso ya no lo sé. Nunca se lo he preguntado...

Long hubiese querido decir algo a Barrow acerca de los documentos que Charlotte había entregado a otro abogado, y también del inventario de bienes, pero prefirió callar. Con lo que sabía tenía más que suficiente, por el momento.

Y al día siguiente, pensó, iniciaría un reparador fin de semana en compañía de la muchacha y entonces podrían hablar largo y tendido sobre algunos aspectos del caso que le resultaban completamente desconocidos.

La casa quedaba casi oculta por el frondoso ramaje de los árboles que crecían en aquellos parajes. Long, en traje de baño, sesteaba sobre la hierba, a pocos pasos de un gran remanso de aguas quietas y transparentes, que era en realidad un estanque formado por la naturaleza.

Hacía calor. Un moscardón zumbó en las inmediaciones. No

lejos de allí, una cigarra emitía su estridente chirrido. Pasaron dos mariposas revoloteando y persiguiéndose.

De pronto, una figura blanca apareció en la saliente rama de un árbol, que avanzaba sobre el remanso, a unos seis metros de altura. Desde allí, Charlotte sonrió, a la vez que agitaba una mano.

—¿No te zambulles, Archie? —gritó.

El joven se incorporó sobre un codo. Charlotte usaba un traje de baño completo, que le prestaba un encanto singular, precisamente por su hechura aparentemente anticuada. El traje era completamente blanco y, desde la distancia, Charlotte parecía desnuda.

—Ten cuidado —aconsejó él.

—No te preocupes. Conozco bien el lugar. Vengo aquí desde que era una niña. Este árbol ya estaba entonces.

Charlotte se lanzó de pronto, hendiendo el aire como una flecha de nieve. Se sumergió en el agua, con una fuerte explosión de espumas, emergió después y empezó a nadar con rítmicas brazadas.

Un cuarto de hora más tarde, se acercó a la orilla Long salió a su encuentro con una toalla en las manos.

—Maravilloso —suspiró ella—. Hacía tiempo que no disfrutaba tanto.

—Lo celebro, pero ahora debes secarte. Aunque ya ha llegado el verano, no debes olvidar que estamos en la Sierra y que el agua de este riachuelo proviene directamente de las cumbres.

—Sí, tienes razón; todavía está muy fría.

Charlotte se secó un poco, escurrió el pelo y luego se tendió sobre la toalla, puesta sobre la hierba. Boca abajo, apoyó una mejilla en los brazos y miró de soslayo al joven.

—¿Qué te parece el lugar? —sonrió.

—Espléndido, realmente encantador. De modo que habías venido aquí antes.

—Oh, sí muchas veces. Con mis padres, claro, y también con tía Millie.

—Eso era antes de que te peleases con ella, ¿verdad?

Charlotte se puso rígida un instante. Luego dio media vuelta y acabó sentándose sobre los talones. El pecho subió y bajó con ritmo bruscamente acelerado, resaltando con sólidas curvas.

—¿Quién te lo ha dicho? —preguntó.

—¿Por qué fue la discusión? —insistió él.

Charlotte vaciló.

—Está bien —dijo al cabo—. Tía Millie era buena, pero muy despótica. Quería mandar en todo y en todos... A veces parecía una reina de los tiempos medievales, dueña de vidas y haciendas...

—Y tú tienes también tu genio, ¿no es así?

—Sólo cuando me empujan para llevarme a un sitio al que no quiero ir —respondió Charlotte, mirándole serenamente.

—Y... ¿adónde quería llevarte tía Millie?

—Al matrimonio.

—Con un hombre que no te gustaba.

—Exacto.

—¿Puedo conocer su nombre?

—Barrow.

Long respingó.

—¿El abogado?

—Sí. ¿Te sorprende?

—Muchísimo. Pero si casi te pasa treinta años...

—Tía Millie y yo tuvimos una discusión terrible y acabé por marcharme de su casa.

—Lo encuentro muy extraño. Yo siempre la había tenido por una mujer comprensiva, aunque tuviese su carácter —dijo Long—. ¿Qué la hizo desear tu matrimonio con Barrow?

—Lo ignoró. Pero en los últimos tiempos no me parecía la misma... Mantenía su energía, es cierto, pero, a veces hacía cosas incomprensibles...

—Los años, sin duda —opinó Long.

—No sé qué pensar. Siempre había sido muy lúcida de mente. No podía cambiar tan radicalmente de la noche a la mañana.

—¿Qué pasó después?

—Bueno, al cabo de cierto tiempo, yo me di cuenta de que debía volver a su lado, y no por el dinero, claro. Entonces, ella parecía haber mejorado y ya no volvió a mencionarme a Barrow. Eso fue a los dos días de habernos encontrado en el *Chester's*. Tía Millie murió un par de meses más tarde.

Eran unas revelaciones sorprendentes, pensó Long. Y ello le llevó a sospechar de Barrow. ¿Estaba implicado el abogado de algún modo en todo lo que había ocurrido hasta aquel momento?

CAPÍTULO X

Después de unos momentos de silencio, Charlotte sonrió.

—Bueno, ¿qué tienes que decir ahora, Archie?

—Quizá pueda contestarte cuando haya hablado con el otro abogado —dijo él—. Me prometió tener la respuesta el lunes antes de mediodía.

—¿Qué hay del inventario de bienes?

—Aún estoy aguardándolo, Archie.

—Barrow no se da mucha prisa, ¿verdad?

—Ese hombre me gusta cada vez menos...

Charlotte se calló de pronto, con la vista fija en un punto situado a espaldas del joven. Long se volvió lentamente.

Un segundo después, se ponía en pie. Dos hombres avanzaban hacia el lugar, sonriendo perversamente. Long los reconoció en el acto y se puso en pie de un salto.

—Charlotte, cuando yo te lo diga, echa a correr y métete en el agua —bisbiseó.

—Muy bien, Archie.

Dace y Robby avanzaban tranquilamente. El primero hizo un ademán.

—Será mejor que se vistan —ordenó—. Tienen que venir con nosotros.

—¿Adónde? —preguntó Long.

—Ya lo sabrán. Pero si no quieren vestirse, lo mismo nos da; hemos de llevarlos como sea.

Hubo un instante de silencio. Long tenía la vista fija en los dos sujetos. Hasta entonces no había reparado en la expresión de infinita malignidad que aparecía constantemente en el rostro de Dace Kelowski. Era un tipo medio demente, sádico, un psicópata ansioso en todo momento de ver brotar la sangre ajena.

¿Dónde escondía el cuchillo con el que decapitaba a sus

víctimas?

A su lado, Robby aparecía muy serio, con la mano derecha metida en el interior de la chaqueta. Long fingió relajarse y movió la cabeza.

—Está bien, iremos con ustedes...

Los hampones cayeron en la trampa y parecieron sentirse aliviados. Entonces, súbitamente, Long se abalanzó contra Dace y lo derribó al suelo de un tremendo empujón.

—¡Ahora, Charlotte! —gritó—. ¡Corre!

La muchacha no se hizo de rogar. Dio media vuelta y empezó a mover las piernas con la mayor velocidad posible. En menos de cinco segundos, llegó a la orilla, tomó impulso y saltó al remanso como una flecha blanca.

Mientras, Long se revolvía hacia su izquierda. Robby había sacado su pistola, pero el puño del joven llegó antes a su mentón. Robby extendió los brazos, saltó hacia atrás y se quedó inmóvil sobre la hierba.

En el mismo instante, Long percibió un movimiento a su derecha. Volvió la cabeza y sintió que se le helaba la sangre en las venas.

Arrodillado en el suelo, Dace había llevado la mano a su espalda y sacaba un descomunal machete, de más de medio metro de longitud, que llevaba en una funda oculta por el traje. Long no esperó a ver más; giró en redondo y salió huyendo como alma que lleva el diablo.

Oyó pasos a sus espaldas. Sintió un miedo horrible. Dace le seguía de cerca. Long recordó a Thaite. También corría... sin la cabeza, ya separada del tronco.

Con los ojos nublados por el pánico, vio a Charlotte en medio del remanso, sosteniéndose con suaves brazadas.

—¡Corre, corre, Archie! —gritó la joven.

Long empezó a pensar que no llegaría jamás. Inesperadamente, sonó un disparo.

Long oyó un rugido a sus espaldas. Pero el río estaba ya cerca y se tiró de cabeza al agua.

Cuando emergió, dio media vuelta y vio a Dace arrodillado sobre la hierba, agitándose con violentos espasmos. De nuevo se oyó otro disparo.

Esta vez, Dace soltó el pavoroso machete, se inclinó hacia adelante y metió la cabeza y los brazos dentro del agua. Todavía se agitaron sus pies unos instantes, pero no tardó en quedarse quieto.

Long se preguntó quién había sido su inesperado salvador. No tardó mucho en conocer su identidad.

Jay Ettison salió de la espesura, con un revólver en la mano y se acercó a Robby, quien continuaba todavía caído en el suelo. Ettison se inclinó, le quitó el revólver, lo guardó en la pretina de los pantalones y luego se acercó a la orilla.

—Pueden salir —gritó—. No pretendo causarles daño.

—Demuéstrelo tirando las dos pistolas al agua —pidió Long.

Ettison vaciló un instante, pero acabó por acceder a la petición del joven. Entonces, Long hizo una seña a la muchacha y los dos empezaron a nadar hacia la orilla.

—Siento haberles causado tantas molestias —dijo el sujeto—. Deseo que me disculpen y quiero que tengan la seguridad de que no volveré a intentar nada contra ustedes.

Long le dirigió una mirada todavía recelosa. Ettison sonrió.

—Comprendo su desconfianza —dijo—. Pero le he dado una prueba, al disparar contra ese sanguinario asesino, me parece.

—Quizá lo ha hecho por salvar su propia responsabilidad —opinó el joven.

Ettison se encogió de hombros.

—Piense como guste, pero tenía que hacerlo —manifestó.

—Eran sus subordinados. Robby sigue siéndolo —dijo Long.

—No. Ya ha dejado de trabajar para mí. Me fueron fieles un tiempo, pero... Eran como perros mansos que, de pronto, se vuelven fieros y desobedecen a su amo.

—En resumen, se le habían escapado de las manos.

—Sí. Óiganme, sé que no soy un santo, pero hay cosas que un hombre no puede ver, sin sentir náuseas. Siempre supe que Dace era un bruto, aunque nunca me imaginé que fuese capaz de llegar a ciertos extremos.

Long se pasó una mano por el cuello.

—Todavía me parece sentir frío —gruñó.

—Repito que lo siento. Ignoro por qué lo hacían ni quién se lo ordenó. Lo único que puedo decirles es que cuando les llamé esta mañana, me enviaron al infierno. Entonces sospeché algo y me

decidí a seguirles. He llegado a tiempo, presumo.

—No lo sabe bien —contestó Long—. Pero eso que ha dicho significa que habían desertado.

—Sí —confirmó Ettison.

—Entonces, ¿quién les ordenó asesinarlos? —intervino Charlotte.

—Podemos preguntárselo a Robby, ¿no les parece?

Long volvió la vista. De pronto, lanzó una exclamación:

—¡Se escapa!

Ettison vomitó un juramento. Robby corría a más y mejor, alejándose de aquel lugar. Long salió en su persecución, pero, de pronto, se detuvo, lanzó un grito de dolor y agarrándose el pie izquierdo con ambas manos, empezó a saltar a la pata coja.

—¡Maldita espina! —barbotó, a la vez que se sentaba en el suelo.

Al correr tras Robby había olvidado que estaba descalzo. Con el índice y el pulgar se quitó la espina y la contempló durante unos segundos, antes de lanzarla disgustadamente a un lado.

—Casi me atraviesa el pie —se quejó.

—La culpa es suya —dijo Ettison—. Robby no hubiera escapado, si hubiese yo dispuesto de mi revólver.

—Usted no era hombre de fiar entonces... y aún no confío del todo —respondió el joven—. ¿Tiene una navaja?

—Sí, desde luego.

Long alargó la mano hacia la navaja. Luego se volvió hacia la muchacha.

—Trae una toalla, por favor pidió. —Estoy sangrando un poco y quiero cubrirme el pie, hasta que pueda curármelo satisfactoriamente en la cabaña.

Momentos más tarde, emprendían el regreso hacia la casa, situada a unos doscientos pasos. Una vez allí. Charlotte se puso una bata y fue al cuarto de baño, de donde volvió con elementos de cura.

Long estaba sentado en una butaca, con el pie herido apoyado en un escabel. Ettison había ido al bar y estaba llenando unas copas.

—Bueno —exclamó Long, mientras ella, arrodillada a su lado, desinfectaba la herida—, todavía no nos ha dicho cuál es el origen de nuestros males.

Ettison vino con un vaso y se lo entregó.

—Si le he de ser sincero, no lo sé —contestó—. Todos los tratos se hicieron por teléfono y él no dijo nunca su nombre. Incluso pienso que disfrazó su voz.

—Es posible —admitió el joven—. ¿Qué le dijo el sujeto?

—No gran cosa. Sólo quería amedrentarle a usted, para que abandonase a la chica. Me envió cinco mil dólares por correo, como anticipo de honorarios, pero sospecho que luego, a mis espaldas, se entendió con esos dos ganzápiros.

—También pudo suceder. Sin embargo, no puedo olvidar que hace más de seis meses, alguien descabezó a Harry Thaite.

—Lo siento, yo no quería hacerlo. Robby y Dace tenían instrucciones de apoderarse de la cartera con la «pasta» o, por lo menos, hacérsela abandonar. Yo estaba en las inmediaciones, aguardando y, me crea o no, me quedé tan sorprendido como usted al ver que Thaite perdía la cabeza.

—Y no en sentido figurado.

—Pero usted llegó antes y arreó con el dinero.

—Lo devolví.

Ettison emitió un bufido.

—Me gustaría creerle —dijo.

—¿Por qué no quiere dar crédito a mis palabras?

—Tengo mis motivos.

—¿Tan secretos son que no puede expresarlos?

—Bueno... sé que no devolví el dinero, eso es todo.

Long golpeó el brazo del sillón.

—¡Le juro que devolví el dinero! —bramó.

—Archie, no te excites —aconsejó Charlotte, que ya terminaba la cura—. Me parece que no debe importarte demasiado la opinión del señor Ettison. Además, debes agradecerle... seguir aún con la cabeza sobre los hombros.

—En eso estoy de acuerdo contigo. —Long apuntó al sujeto con el índice—. Pero devolví el dinero —insistió.

Ettison entornó los ojos.

—Entonces, ¿por qué diablos me contestaron negativamente cuando lo pregunté?

—¿A quién se lo preguntó, Jay?

Hubo un instante de silencio. De pronto, luego, súbitamente, sin

pronunciar una sola palabra, Ettison dio media vuelta y salió corriendo de la casa. A los pocos segundos, se oyó el rugido del motor de un coche que arrancaba a toda velocidad.

—Ese hombre está loco —comentó Charlotte, a la vez que se ponía en pie.

—No —contradijo él—. Sabe más de lo que quiere admitir, pero en esta ocasión, aunque sea por despecho, se ha puesto de nuestro lado. Ya hablará, créeme.

—Es posible que tengas razón, pero se ha marchado dejándonos algo muy poco agradable.

—¿Qué, Charlotte?

—El cadáver de Dace.

Long reflexionó unos instantes. Luego se levantó, probó un poco el pie y halló que podía caminar sin demasiadas dificultades.

—Voy a solucionar el problema —declaró. Desde la puerta, se volvió y miró sonriente a la muchacha—. Lo peor de todo es que nos han estropeado el fin de semana.

—Habrás más, Archie —aseguró Charlotte, con encantadora sonrisa.

—Dejé el cuerpo a la salida del remanso —explicó Long, ya en el coche en que se disponían a emprender el regreso—. La corriente lo arrastrará. Cuando lo encuentren, a bastantes millas de distancia, nadie podrá relacionar el suceso con nosotros. Robby llamará, por la cuenta que le tiene, y no digamos Ettison.

—Ojalá sea todo como dices —suspiró ella.

El camino era angosto y estaba bastante descuidado. Contorneaba una colina de forma alargada y luego corría a lo largo de un estrecho valle. A unos quince minutos de la cabaña, Long se dispuso a atravesar un antiguo paso a nivel, en una vía férrea abandonada ya hacía mucho tiempo.

La mayoría de las traviesas estaban podridas y los rieles apenas se veían, cubiertos por la maleza. Un poco más a la derecha, entre un grupo de álamos, Long divisó algo que le hizo parar el coche en el acto.

—¿Qué ocurre, Archie? —se alarmó ella.

—Aguarda un momento, por favor.

Long se apeó y caminó a lo largo de la vía férrea, hasta llegar al conjunto de ruinosos edificios, que apenas si se tenían en pie. Había

muy poca mampostería en las construcciones y la mayoría del maderamen aparecía podrido y hasta desintegrado por la acción del tiempo.

Empezó a buscar entre aquellas ruinas. Al cabo de un rato, encontró algo que le hizo sonreír. Entonces, regresó al coche, con aquel objeto en las manos.

—Usaron pintura de buena calidad —dijo—. A pesar de los años, todavía se puede leer.

Los ojos de Charlotte se desorbitaron.

—¡Dios mío! Estamos en...

—Exactamente —confirmó él—. El lunes, sin embargo, lo sabremos con toda seguridad, después de que haya hecho una visita al Registro de Tierras.

—¿Lo crees necesario, Archie?

—Imprescindible —contestó él.

Abrió el maletero y guardó en su interior el rótulo, pintado en un tablón, en el que aún podían leerse dos palabras cuyo significado habían desconocido hasta entonces:

COAL STATION

CAPÍTULO XI

—Confirmado —dijo Long, el lunes, poco antes del mediodía.

Charlotte le ofreció una taza de café.

—Cuenta, por favor.

Long demoró la explicación unos segundos. Luego empezó a hablar:

—Hace muchos años, hubo en aquellos parajes una mina de carbón, con un ramal ferroviario para conducir el mineral a la línea general. *Coal Station* era sólo el punto de distribución y control, pero dio su nombre a toda la zona, hasta el extremo de que también se llamaba así a la casa de tía Millie. «La cabaña de *Coal Station*», solían denominarla. Pero ello ocurrió hace casi cuarenta años y la mina se cerró al agotarse el filón. Se abandonaron todas las instalaciones y como suele decirse, el manto del olvido empezó a caer sobre aquellos parajes.

»Sólo las personas de edad podían recordar ese nombre primitivo, y por eso el pobre Digby lo mencionó, cuando se moría a chorros. Seguramente, quiso añadir también la palabra cabaña, pero ya no tuvo tiempo. Incidentalmente, las tierras en que estuvo la mina son tuyas —concluyó Long».

—Suponiendo que se encuentra ese documento —dijo ella.

—Tiene que estar en la cabaña, no hay otra respuesta.

—Y el pobre Digby lo sabía... ¿Se lo dijo tía Millie?

Long hizo un gesto con los hombros.

—Sólo podemos aventurar conjeturas —respondió—. Pero una cosa es evidente: el documento está allí.

—Entonces, hemos de ir a buscarlo —dijo ella muy excitada.

—Cuando quieras, Charlotte.

La joven le miró con simpatía.

—Eres un tipo estupendo, Archie. Nunca podré agradecerte bastante lo que haces por mí.

—Te confesaré una cosa: lo hago por egoísmo. Quiero acabar de una vez con este problema, para volver a mi trabajo.

—Por cierto, aún no me has dicho en qué consiste...

La puerta de la sala se abrió en aquel momento y apareció la doncella en el umbral.

—Señorita, el señor Rotterdam desea verla —anunció.

—Dígale que pase inmediatamente. Charlotte se volvió hacia el joven. —Es el abogado del que te hablé, Archie.

Max Rotterdam entró instantes después, con un portafolios en las manos. Era un hombre de agradable presencia y que no había cumplido aún los cuarenta años. Después de las presentaciones, abrió el portafolios, extrajo unos papeles y los puso encima de la mesa.

—Si quiere mi consejo sincero, señorita, no firme nada —dijo.

—¿Seguro, señor Rotterdam?

—Absolutamente. Son unos documentos redactados muy torcidamente, de la peor forma posible para usted, a pesar de sus párrafos aparentemente favorables. No firme, insisto.

—¿Qué me dices tú, Archie? —preguntó Charlotte, volviéndose hacia el joven.

—Suelo fiarme siempre del consejo de los expertos, sobre todo, cuando estimo que son honrados, como el señor Rotterdam —contestó el interpelado.

Rotterdam agradeció las palabras de Long con un movimiento de cabeza. Luego añadió:

—En cuanto al inventario de bienes, hágalo examinar por una firma de auditoría contable de toda solvencia. A juzgar por lo que he visto en estos documentos, ese inventario debe de ser una especie de acordeón, pero con tendencia a contraerse.

Charlotte no pudo por menos de reír ante la inesperada metáfora del abogado.

—Tiene usted sentido del humor, señor Rotterdam —dijo—. Está bien, seguiré sus consejos puntualmente. Por favor, envíeme la minuta de honorarios cuanto antes.

—Oh, no corre prisa...

—Abrigo la sospecha de que la señorita Brucker le encargará de sus asuntos legales —terció Long—. Tendrás que comunicárselo así a Barrow —agregó.

—Sí, se lo diré, pero antes, ¿no te parece que deberíamos encontrar cierto documento?

—¿A qué documento se refieren? —preguntó Rotterdam, muy interesado en el asunto.

Long se lo explicó. El abogado abrió unos ojos como platos.

—¡Pero eso es absurdo! —exclamó—. Es cierto que se quemaron todos los archivos del registro de Encinita, cosa que sucedió hace unos ocho años, si mal no recuerdo. Pero ya se habían obtenido microfilmes de todos los documentos archivados y estas películas se salvaron, porque se hallaban en otro departamento, a prueba de fuego.

—¿Es cierto lo que está diciendo? —preguntó Charlotte, atónita.

—Puede estar segura de ello, señorita Brucker —respondió Rotterdam—. En todo caso, basta una llamada al juzgado de Encinita...

—Nos basta con su palabra —atajó Long—. De todos modos, es una noticia muy satisfactoria. Gracias por todo, señor Rotterdam.

—Me siento muy satisfecho de haberle sido útil, señorita —se despidió el abogado.

Al quedarse solos, Charlotte mostró claramente su desconcierto.

—No entiendo por qué Barrow hizo todas estas cosas —manifestó.

—Yo sí lo empiezo a comprender —respondió Long—. Barrow no es el primer abogado que se aprovecha de la credulidad e ignorancia de su cliente. Pero me parece que esta vez le hemos pillado con un solo pie apoyado en el suelo, de modo que, en cuanto le demos un ligero empujón, caerá y se dará el gran batacazo.

—Eso es una metáfora —dijo la muchacha—. Pero ¿cómo le darás el empujón real?

Long no tuvo tiempo de contestar. La doncella volvió a asomarse a la puerta.

—Señorita, la señora Anders desea hablar con usted —dijo.

Charlotte alzó las cejas.

—No la conozco —declaró—. ¿Y tú, Archie?

—Tampoco, pero no te costará mucho recibirla —dijo el joven.

—Está bien, Adela, haga pasar a esa mujer.

La visitante tenía unos cuarenta y tantos años y su rostro parecía

un tanto ajado y había carencia de ilusiones en su expresión. Vestía sencillamente, pero con ropas limpias y bien cuidadas. En las manos tenía un bolso negro de regulares dimensiones, que apretaba contra un pecho que había perdido buena parte de sus primitivos encantos.

—Me llamo Cilly Anders —dijo—. Nunca estuve casada con Bert Cadogan, pero durante veinte años fui su más leal amiga y confidente. No vivíamos juntos; él no lo quiso nunca, aunque a mí tampoco me importaba. De este modo, los dos teníamos más libertad...

Long se dio cuenta de la agitación que poseía a la mujer y se apresuró a conducirla hasta un sillón.

—Serénese —aconsejó—. Charlotte, creo que a la señora Anders le sentaría bien una taza de café.

—Sí, lo pediré ahora mismo.

—Tranquilícese, señora —dijo Long—. Créame, fui un buen amigo de Bert y sentí enormemente lo que le sucedió. ¿Podemos hacer algo para ayudarla?

Cilly movió la cabeza.

—Ya no tiene remedio. En todo caso, soy yo la que les puedo ayudar a ustedes —declaró sorprendentemente.

—¿De qué forma, señora? —preguntó Charlotte.

Cilly abrió su bolso y extrajo una cinta de grabación.

—Me la entregó Bert el mismo día de su muerte, poco después de las cinco de la tarde. Sospechaba que le seguían, pero estaba seguro de deshacerse de sus perseguidores. No obstante, dijo, quería evitar que le pidiesen algo que no podía conceder, si le sucedía algo malo...

—Un secuestro, por ejemplo —adivinó el joven.

—Sí —confirmó Cilly—. Pero no fue eso lo que le ocurrió.

La doncella vino en aquel instante con el servicio de café. Cilly estaba todavía alterada y fue preciso aguardar unos momentos a que se recuperase. Al fin, se sintió con fuerzas para hablar de nuevo.

—He escuchado el principio de lo que hay grabado en la cinta —dijo—. Bert menciona los nombres de ustedes dos y sus direcciones respectivas, luego dice que debo buscarles y entregarles la cinta, sin escuchar lo que sigue a continuación. Y eso es lo que he hecho; al no encontrarle a usted en su casa, señor Long, decidí venir

a la de la señorita Brucker.

Long hizo saltar la cinta en sus manos.

—Se lo agradecemos infinitamente, señora Anders —dijo—. Y, créame, la gratitud de la señorita Brucker se expresará con algo más que palabras.

—Dígame qué puedo hacer por usted, Cilly —murmuró la joven.

—Nada, Bert ya no está... —Cilly se levantó y trató de sonreír—. Me alegró de haberles conocido.

—Parece una buena mujer —comentó Long, cuando de nuevo se hubieron quedado a solas—. Tendrías que hacer algo por ella, Charlotte.

—Descuida, procuraré ayudarla. Está sola en el mundo y quizá un empleo... Esta casa es muy grande y necesitarla una mujer más.

—Díselo en cuanto esté solucionado el problema. Pero ahora, por favor, ¿no tendrás una grabadora por alguna parte?

—Claro que sí, Archie.

Charlotte se apoderó de la cinta y la colocó en un aparato de radio, provisto de mecanismos de grabación y reproducción. La rebobinó hasta el principio y luego presionó la tecla de puesta en marcha.

La voz de Cadogan se dejó oír a los pocos momentos. Long y Charlotte escucharon con religioso silencio las palabras de un hombre que ya estaba enterrado. Uno de los párrafos del informe llamó poderosamente la atención del joven:

—¡Demonios, eso explica muchas cosas! —exclamó.

Charlotte alzó una mano, requiriendo silencio. Pero la cinta terminó muy pronto, sin palabras ya de mayor interés.

Luego, ella miró a Long con curiosidad. El joven parecía concentrado en sí mismo. Al cabo de unos minutos, Long alzó la cabeza.

—Lo primero que debemos hacer es obtener una copia de la grabación, y eso ahora mismo. Si no tienes otra grabadora en casa, saldré a comprar una y también cinta virgen. Después...

—Después, ¿qué? —preguntó ella, anhelante.

—Saldré a poner el cebo, para conseguir que Barrow pique el anzuelo y se deje pescar.

—¿Cómo piensas hacerlo, Archie?

Long echó a andar hacia la puerta.

—Eso es secreto... profesional —contestó alegremente.

Con los ojos fijos en Ettison, Long hizo una pregunta:

—¿Quiere usted ayudarnos?

La mirada del sujeto era muy similar.

—¿Qué voy a ganar, si digo que sí? —preguntó.

—Jay, seamos sinceros. Usted es mucho menos de lo que aparenta. Ha querido ser siempre un destacado jefe de «gang», pero sólo ha conseguido éxitos mínimos, cuando no rotundos fracasos, como el que le llevó a la cárcel para un año. No voy a decir que no le agradezco que me salvara la vida, pero no por ello voy a mentirle. Ahora no sabe qué hacer y sus finanzas, sospecho, no son precisamente un modelo de prosperidad. ¿Me equivoco?

Ettison lanzó un gruñido.

—Es cierto —masculló—. Pero no lo divulgue...

—No tengo interés alguno en vocear por ahí sus desventuras. Pero sí puedo asegurarle que si nos ayuda, la señorita Brucker recompensará su trabajo de alguna forma.

—Con buenos billetes de Banco —puntualizó Ettison.

—Tendrá una recompensa, se lo prometo.

—De acuerdo. ¿Qué es lo que debo hacer?

Long se lo dijo. Ettison se frotó el mentón, dubitativo.

—No lo sé...

—Usted tiene amistades, conocimientos... Haga correr la voz. Eso sí sabe hacerlo, mucho mejor que yo. No le pido más, Jay.

—Muy bien, de acuerdo. Si lo consigo, ¿cinco mil?

«Un poco exagerado, aunque si sale bien, merecerá la pena», pensó el joven.

—De acuerdo —dijo al cabo.

—Entonces, no se hable más. Voy a ponerme en compañía inmediatamente. ¿Cuándo quiere que le llame?

—¿Serán suficientes veinticuatro horas?

—Creo que sí.

—Bravo. —Long dio una palmadita en el hombro del sujeto y llamó al camarero—. Traiga otra ración para el señor Ettison —indicó—. Y dígame lo que se debe.

—Al momento, señor.

Instantes más tarde, Long ponía un billete sobre la mesa y se incorporaba, con la sonrisa en los labios. A punto de marcharse,

recordó algo y se inclinó hacia Ettison.

—A propósito, Jay, ¿ha hablado de nuevo con Malcolm Dorton? —preguntó.

—Sí, pero su respuesta sigue siendo la misma —dijo el interpelado.

Long volvió a sonreír.

—Gracias, eso acaba de aclarar las cosas. No se descuide —le apremió, cuando ya iniciaba la marcha hacia la salida del bar en que había tenido lugar la entrevista.

Una vez en la calle, encendió un cigarrillo plenteramente. Los conflictos estaban a punto de llegar a su final. Entonces, pensó satisfecho, podría dedicarse plenamente al trabajo que había descuidado tanto en los últimos días.

CAPÍTULO XII

Al entrar en la cabaña. Long encendió la luz, pero no abrió una sola ventana, dejándolas que siguieran cubiertas por los postigos de madera, a fin de que no se viera resplandor desde el exterior. Después de cerrar la puerta, lanzo un suspiro.

—Bueno —dijo—, ahora convendría encontrar el documento. Aunque bien mirado, tampoco hace falta, después de lo que nos dijo Rotterdam.

—Yo me siento un poco aprensiva —confesó Charlotte—. Y si, a pesar de todo, ¿no hay constancia oficial de mi nacimiento?

—Descuida, Esta mañana hablé con el encargado del registro de Encinita. No falta un solo documento, bien original, bien microfilmado. Por ese lado, pues, no debes preocuparte en absoluto.

—Ahora me siento mucho más tranquila, Archie. De verdad te lo digo: el dinero no me importa tanto como vivir en paz. Si supiera que iban a continuar mis preocupaciones, lo abandonaría todo...

—No tienes que abandonar ni un centavo —dijo él con firmeza—. La herencia es tuya y nadie puede arrebatarte lo que te pertenece con absoluta legalidad.

—¿Es eso lo que piensas? —sonrió Charlotte.

—Exactamente —contestó Long.

—Entonces, ¿qué hacemos? ¿Buscamos el documento o...?

El ruido de un motor sonó fuera. Long corrió hacia la entrada, apagó las luces y encendió una pequeña linterna que había llevado consigo. Luego agarró la mano de Charlotte y la condujo hasta uno de los dormitorios, cuya puerta dejó entornada.

—Si ven mi coche... —dijo ella, aprensiva.

—Está en la parte trasera —respondió él.

Se oyó el ruido de la puerta que se abría. Luego volvieron a encenderse las luces.

—Maldita sea, Phineas —se quejó alguien—. ¿Por qué diablos

me has traído aquí?

—Estás tan metido como yo en este asunto y necesito alguien que me ayude —respondió Barrow—. Malcolm, ahora no puedo confiar en nadie más que en ti, ¿me entiendes?

—Pero yo... lo mío no es tan grave...

Barrow se volvió hacia su acompañante y le miró con desprecio:

—Malcolm Dorton, no sabes bien lo que dices —exclamó—. Me has ayudado, incluso has financiado parte de mis actividades. ¿Sabes que el cómplice tiene la misma pena que el autor material de un delito? ¿Necesito refrescar tus conocimientos legales, eh?

Dorton se ahogaba. Metió un dedo y trató de aflojar el cuello de la camisa.

—Está bien... pero ¿qué es lo que debemos buscar y dónde está?

—Se trata de un certificado de nacimiento. Está escondido en alguna parte. Vamos a poner la cabaña patas arriba. Cuando lo encontremos, lo quemaremos, eso es todo.

—Y entonces, usted dirá que Charlotte Brucker no es Charlotte Brucker y hará que ella deje de ser dueña de los bienes de la señora Forbes-Drawn. Esa fortuna irá a parar entonces a las manos de los dos herederos supervivientes, es decir, Ringo y Evelyn Cattin, y usted los podrá manejar a su antojo, bajo la amenaza de ir también a la cárcel. ¿No es así, abogado Barrow?

Los dos hombres se quedaron helados al oír la voz del joven. Dorton, en especial, vuelto de espaldas a la puerta del dormitorio, en cuya jamba se apoyaba Long con aire negligente, no se atrevía a respirar siquiera.

Hubo una tensa pausa de silencio. Al fin, Barrow giró en redondo y se encaró con el joven.

—Long, ¿qué es lo que pretende usted? —preguntó imperativamente.

—Los documentos destruidos en el incendio del registro de Encinita tienen copias microfilmadas.

Barrow se puso tenso.

—Lo ha averiguado —dijo.

—No íbamos a permanecer quietos —sonrió Long—. Sobre todo, después de las cosas que han sucedido. Fracasado su plan de casarse con Charlotte, tenía que idear otro procedimiento para llenarse las manos con la fortuna de tía Millie, incluyendo el asesinato.

—No hay pruebas contra mí —declaró Barrow con altivez.

—La policía acabará por encontrarlas. De momento, me conformo con decirle que todos sus proyectos se han convertido en humo. No conseguirá un solo centavo del dinero de Charlotte. Si está arruinado, y eso es lo que sospecho, tendrá que afrontar las consecuencias, porque ya no podrá recurrir a su amigo Malcolm Dorton, director del Banco. Hola, señor Morton. ¿No me dice nada? —añadió el joven sonriendo.

—Ho... hola... —contestó el aludido, que temblaba como una hoja seca.

—Dorton, usted no supo elegir ciertas amistades, y con ello me refiero a Barrow. Usted había metido las manos en los fondos del Banco y no sabía cómo salir del paso, por lo que pidió consejo a Barrow. Éste le sugirió la idea del atraco, puesto que conocía a muchos tipos poco recomendables. El atraco se efectuó y el Banco perdió medio millón, con lo que usted pensaba justificar las pérdidas. Luego, yo, inesperadamente, recobré ese dinero y se lo entregué a usted. Me dio veinticinco mil dólares de recompensa, pero no participó la recuperación de la suma robada, sino que cubrió el desfalco. La recompensa que me dieron no fue otorgada por la compañía de seguros, ni yo me preocupé demasiado entonces, ya que usted me dijo que lo arreglaría todo con los aseguradores. No informó de esa recuperación de la suma robada, tapó los agujeros abiertos en el dinero del Banco y permitió que la compañía de seguros abonase la póliza; Bonita jugada, ¿verdad, Dorton?

Luego se volvió hacia el abogado.

—Sobre todo, si se piensa que el desfalco no pasaba de los trescientos mil y que, por tanto, descontando mi recompensa, que era una forma de taparme la boca, les quedaron ciento setenta y cinco mil de beneficio.

—¿Cómo lo ha sabido? —rugió Barrow.

Luego le tiró un cartucho de cinta grabada.

—Cadogan averiguó muchas cosas. Pero dejó un informe de todas sus pesquisas. Otra cinta está ya en manos de la policía. Empezarán a investigar y lo averiguarán todo.

Dorton se tapó la cara con las manos.

—¡Dios mío, estamos perdidos! —clamó.

Barrow hizo un esfuerzo por mantenerse sereno.

—Soy un buen abogado —dijo—. Sabré salir adelante...

—Lo dudo mucho. Los que le han ayudado, le abandonarán. Es usted un barco que se hunde y ya sabe, las ratas, etcétera... Declararán contra usted, con tal de obtener penas menores.

»Entonces saldrán a relucir sus relaciones con Robby y Dace, y también Scramer, el tipo que llevó la bomba a los hermanos Cattin, John y Pamela. Se investigarán sus relaciones con Dace, el “corta cabezas”, el hombre que no sólo asesinó a Thaite y a Cadogan, sino también a Digby, el jardinero de Charlotte, lanzándole un cuchillo a la espalda.

»Seguramente, Ringo y Evelyn Cattin también tendrán algo que decir, porque no le guardan ninguna simpatía. No sólo no ha conseguido que la fortuna de tía Millie vaya a parar a sus manos, con la “comisión” correspondiente para usted, nada, exigua, naturalmente, sino que, además, viendo que estaban dispuestos a darle de lado y a actuar por su cuenta, decidió eliminar a dos de los hermanos, para escarmiento de los restantes. Hablarán mucho, créame, y todas las acusaciones caerán sobre usted como mazazos que le aplastarán inexorablemente».

Barrow estaba ahora lívido, Long, inflexible, prosiguió:

—Su primer plan fracasó, cuando Charlotte se negó a convertirse en su esposa. Era una decisión incomprensible de tía Millie, pero se entiende fácilmente, si se piensa en su extraño comportamiento. Simplemente, usted la drogaba y ella decía lo que usted quería que dijera. Pero Charlotte dio al traste con sus planes, cuando se marchó de la casa, pegando un portazo. Prefería morirse de hambre, antes que casarse con usted y, créame, estuvo a punto de ser verdad.

»Luego cambió de proceder. Había que renunciar al matrimonio con Charlotte y supo disculparse y hacer que ella volviese a su casa. Pero nunca acababa de darle posesión definitiva de sus bienes; aún tiene que recibir el inventario y, en cuanto a los documentos que usted le entregó para su firma, eran unos papeles que la ponían literalmente en sus brazos. No los ha firmado ni los firmará nunca, por supuesto».

—Ha averiguado muchas cosas —dijo Barrow—. ¿Cómo lo ha conseguido?

—Algo he hecho yo. Cadogan también, antes de morir. Y,

naturalmente, un tal Ettison, con el que usted se puso de acuerdo por teléfono, también ha puesto su granito de arena.

Long se volvió hacia el anonadado Dorton.

—Usted seguía diciéndole, cada vez que le visitaba, que el dinero del atraco no había sido devuelto, ¿verdad?

Dorton asintió, gemebundo, completamente desmoralizado.

—Sí... es cierto... Lo confesaré todo —chilló repentinamente—. Ya no puedo soportar más este peso en mi conciencia...

—Maldito estúpido —dijo Barrow—. Tú no dirás nada a nadie, porque yo no lo permitiré.

Inesperadamente, sacó una pistola y disparó dos veces contra Dorton. El hombre se desplomó, fulminado, sin lanzar un solo grito.

De súbito, se abrió la puerta de la cabaña. Un hombre apareció en el umbral.

Barrow se volvió. Ringo Cattin se le anticipó, disparándole tres proyectiles. El abogado se tambaleó y cayó flácidamente.

Long respingó.

—Me parece que eso no ha estado bien, Ringo —dijo.

—Lo he oído todo —contestó el exboxeador—. Ese cerdo mató a dos de mis hermanos. Tenía que vengarlo, ¿no le parece?

—Estoy de acuerdo con Ringo —exclamó Evelyn desde la puerta.

Ringo sonrió.

—Esta vez, los cartuchos no eran de fogueo —dijo. Long se frotó el mentón.

—No está bien tomarse la justicia por su mano —rezongó.

—Bueno, diré que defendí a mi prima, que iba a ser asesinada por Barrow. ¿No es verdad, Charlotte?

La joven estaba en la puerta del dormitorio. Antes de responder, consultó a Long con la mirada.

—Puede ser una buena salida —dijo Long.

—Barrow era un asesino. ¿Va a tenerle compasión ahora? —gritó Ringo.

—Prefiero no discutir —contestó el joven—. De todos modos, tendrá que arreglárselas con la policía.

Ettison apareció también en la entrada.

—Yo diré lo mismo que Ringo —aseguró.

—Los ha traído usted —adivinó Long.

Ettison sonrió.

—¿Va a decirme ahora que he hecho mal? Long suspiró.

—Prefiero no contestar —dijo—. ¿Qué hay de Robby y de Upton?

Ettison hizo un gesto con la mano.

—La del humo —contestó—. Se olieron que las cosas no iban bien y prefirieron desaparecer de la ciudad.

Long se volvió hacia la muchacha.

—Creo que deberías salir afuera —aconsejó—. La policía no tardará mucho en llegar.

—Está bien, Archie —accedió Charlotte.

Charlotte entró en la casa, llegó al despacho y se sentó desenvueltamente en un ángulo de la mesa. Long dejó un lado el lápiz y su cuaderno y se reclinó en el sillón.

—Hola —dijo.

—Bueno, si la montaña no viene a Mahoma, Mahoma irá a la montaña —exclamó ella—. Han pasado ya casi tres semanas y todavía no has dado señales de vida.

—Trabajo, nena —contestó él.

—Pero ¿tan importante es? Si tú quisieras... podrías dejarlo... o aplazarlo...

—No. Quiero terminarlo este año. Ya no puedo demorarlo más. O tendría la barba blanca cuando acabase, si consintiese más retrasos.

—Archie, estoy muy intrigada. Francamente, te confieso que ignoro todo acerca de ese trabajo. Jamás me has dicho una sola palabra...

—Por las mañanas, y también buena parte de la tarde, asisto a la Universidad. Luego trabajo en casa; quiero obtener el doctorado en Física.

Charlotte abrió la boca.

—No hablarás en serio —dijo.

—Esto no es cosa de broma. Cuando consiga el título, tendré excelentes perspectivas...

—Aguarda un momento —pidió ella—. Tienes mucho trabajo, pero también te quedan algunas horas libres al cabo del día.

—Hombre, no diré que no...

—Bien, para mí es suficiente. Además, tendremos fines de

semana y... Lo que quiero decirte es que no me importa quedarme sin luna de miel. Archie.

—Estás bromeando —respingó él.

—También hablo en serio, Archie. Y no me vengas con el cuento de que yo tengo dinero y tú no. Tú tienes algo que vale infinitamente más que toda mi fortuna y, para mí, eso es lo que cuenta. Bueno, ¿qué me dices?

—Mujer, así de repente...

—Los malos tragos, pasaron pronto.

—Ah, ¿lo consideras un mal trago?

Charlotte le guiñó un ojo.

—Si tienes vocación de soltero, tal vez. Pero me parece que no es así.

Long tiró el lápiz y se puso en pie.

—¿Cuándo, encanto?

—Lo tengo todo listo para mañana, viernes, por la mañana. Pasaremos el fin de semana en *Coal Station* y luego... a trabajar por el día. Por la noche... estaré yo.

—Es un trato satisfactorio, Charlotte.

—No te dará muchos quebraderos de cabeza. Podrás mantenerla firme...

—Encanto, no menciones ciertas cosas —dijo él, pasándose una mano por el cuello.

—Es cierto. No volveré a mencionarlo más.

Callaron un momento. Ambos recordaban horribles sucesos que, sin embargo, empezaban ya a pasar al olvido.

De pronto, Long emitió una sonrisa.

—Vamos a tomarnos una copa en el *Chester's* —propuso.

—Encantada... Chester se alegrará de vernos —contestó Charlotte.

FIN

Las mejores novelas de



MARCIAL LAFUENTE

ESTEFANIA

el mundialmente famoso autor,
pueden saborearse en las
COLECCIONES

CENTAURO y OESTE LEGENDARIO



¡No se pierda **AHORA** la
oportunidad de leer estas
primeras ediciones, en las que
cada título es un vendaval
de emoción!

Asegure su ejemplar

EDITORIAL BRUGUERA, S.A.



Impreso en España **PRECIO EN ESPAÑA 40 PTAS.**

